

The Library
of the
University of North Carolina

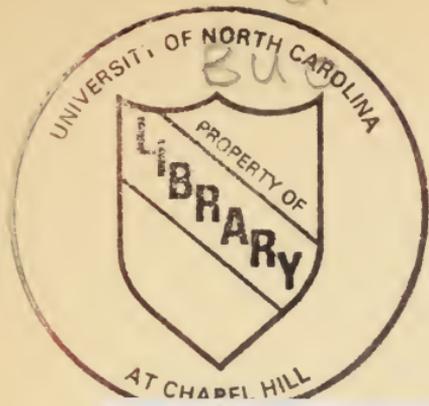


Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

~~862.8~~

~~1255~~

~~v. 25~~



PQ6217

.T44

vol. 25

no. 1-21



PQ6217

.T44

S
VE
on

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 25
no. 1-21

2522

ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMATICA

EL CORAZÓN Y LA LEY

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

ESCRITO EN PROSA POR

MANUEL AMOR MEILÁN



MADRID

MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1898

EL CORAZON Y LA LEY

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CORAZON Y LA LEY

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

ESCRITO EN PROSA

por

MANUEL AMOR MEILÁN

Estrenado con aplauso extraordinario en el TEATRO-CIRCO
la noche del 7 de Abril de 1897



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

A mis padres

Es esta mi primera obra teatral de algún empeño.

Serían para mí completas las dulzuras del éxito si ustedes hubieran podido compartirlas conmigo en la noche memorable del estreno de este drama; pero ya que esto no haya sido posible, lléveles en sus páginas el libro impreso el eco de los aplausos alcanzados, juntamente con el filial y acendrado amor de su hijo

Manuel

Lugo, 1897

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ÁNGELA.....	SRA.	DÍEZ.
LA CONDESA.....		TRONCOSO.
ISABEL.....		AGOSTY.
VALENTINA.....		CATALÁN.
FLORINA.....		OSÉS.
DAMA 1. ^a		LÓPEZ.
IDEM 2.		VALLS.
EL CORONEL EGUÍA.....	SR.	CARRASCOSA.
ALBERTO.....		FERNÁNDEZ.
RAFAEL.....		SANTÉS.
EL DOCTOR.....		OLIVA.
SERAFÍN.....		BERRUECO.
DON BERNARDO.....		PERLÁ.
DON SANTIAGO.....		MOLINA.
CABALLERO 1. ^o		GÓMEZ.
UN CRIADO.....		CASTRO.
UN MOZO.....		MÉNDEZ.
ANDRÉS.....		CALDERÓN.
EL JUEZ.....		MOLINA.
PADRINO 1. ^o		N. N.

Dos agentes que no hablan.—Damas y caballeros

La escena en Madrid y en la Granja. Epoca actual

ACTO PRIMERO

Salón en casa de la Condesa. Rompimiento con columnas al foro. A la derecha, primer término, chimenea con espejo, reloj, etc. Entre las columnas del rompimiento, pedestales con jarrones de flores. A la izquierda, dos puertas, y entre ellas, un entredós con estatuas. Candelabros sobre la chimenea y araña de cristales pendiente del techo. Alfombra y muebles de lujo. Alrededor de la chimenea marquesitas y sillas de lujo. A la izquierda, próximo al entredós, un sofá y butacas. Al foro, detrás del rompimiento, la entrada del salón de baile, que al alzarse el portier, debe verse profusamente iluminado.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA, FLORINA, EL DOCTOR. Al alzarse el telón aparecen la Condesa, sentada en una marquesita, frente á la chimenea. Detrás de ella, de pie y acabando de arreglarle su tocado, Florina. El Doctor, sentado junto á ella, continúa una conversación interrumpida

COND. (Al Doctor.) Ya sabe usted, Doctor, que los amigos de mis amigos, amigos míos son también, y aunque agradezco en el alma su deferencia y sus bondades, pues ellas contribuyen á dar esplendor y brillo á la recepción de esta noche, creo que bastaba que usted me presentara á ese amigo para que yo le recibiera con los brazos abiertos.

DOCTOR (Sonriendo.) No tan abiertos, Condesa... que pudiera incomodarse Serafin.

COND. Es la frase consagrada por el uso.

- DOCTOR Además, que me parece que en cuanto usted conozca á mi amigo, los brazos de usted, Condesa, lejos de abrirse, caerán desmayados y rígidos á lo largo de ese hermoso cuerpo.
- COND. ¿Pues qué clase de hombre es ese?
- DOCTOR Coronel... joven aún ¡y viudo!
- COND. Buena proporción...
- DOCTOR (Interrumpiéndola.) ¿Para una viuda joven, hermosa y buena como usted?
- COND. No diga usted eso, Doctor. ¡Pues poquito horror que tengo yo á la carrera de las armas desde que una bala traidora me arrebató á mi Ricardo! Porque es muy triste eso de que la ambición de conquistar la faja de general les arrastre á la muerte, dejando desconsoladas á sus viudas... No, no. Le juro á usted, Doctor, que no volveré á casarme, si me caso, con un militar, por muy rico que sea y por más linajudo que se me ofrezca.
- DOCTOR Y mucho menos, seguramente, con mi amigo el coronel Eguía. .
- COND. ¿Eguía ha dicho usted? Me parece que recuerdo ese nombre. De un modo vago é indeciso, eso sí; pero... ¿qué ha hecho de notable ese coronel Eguía?
- DOCTOR Pues lo que en su lugar haría cualquiera otro que no fuese ni Eguía ni coronel, matar á su esposa.
- COND. ¡Qué horror! Pero sí... es verdad. Ahora recuerdo... ¿No fué en un hotelito?...
- DOCTOR Sí, señora, y en el barrio de Ferraz.
- COND. Hace dos años...
- DOCTOR Mes más ó menos, eso hace.
- COND. Acababa yo de perder á mi pobre Ricardo, y ¡claro! trastornada por el dolor, no pude prestar atención á ese terrible drama, que llegó como un eco muy lejano á mis oídos... Cuente, cuente usted, Doctor. Ya me va interesando su coronel.
- DOCTOR Mi coronel, señora, se casó á los cuarenta años con una muchacha de dieciocho, linda y enamorada... pero no de su marido. Es decir, á su marido, si le amaba... pero en público. En secreto adoraba á otro hom-

bre, que maldito el caso que de ella hacía. Era un joven, buen mozo y marqués por añadidura: Alberto Osorio, el Marqués del Camino. La fatalidad, que se goza en jugar de la manera más despiadada con aquellos en quienes hinca sus garras, no quiso que el Marqués reparara nunca en Mercedes, que así se llamaba la mujer de mi amigo. Pero quiso, en cambio, que la viera y la amara, cuando ya Mercedes era la esposa del coronel don Julián Eguía. En el mundo, señora, en el gran mundo, volvieron á encontrarse, y desde aquel día, ¡adiós la tranquilidad del Marqués y adiós la virtud de la casada! Alberto y Mercedes se amaban. ¿Se veían? Seguramente. ¿Se hablaban? También. ¿Cuándo, dónde? Vaya usted á saber. Los incendios se ven y se descubren cuando ya el ascua es chispa, la chispa se trueca en llama y la llama se convierte en hoguera devastadora. Ello es que mi amigo Julián, con otros varios entre los cuales me contaba, salió un día de caza á los montes de Toledo. Es un gran cazador el coronel... pero no contaba aquel día con que la mejor pieza... se quedaba en su propia casa. Confiado y alegre, echó los brazos al cuello de su esposa, la besó en la frente—supongo que la besaría—y partimos. Al segundo día, mi hombre recibe de Madrid, y en pleno monte, una carta sin firma.

COND. ¿Un anónimo?

DOCTOR Precisamente.

COND ¡Pero eso es una infamia!

DOCTOR Por eso el anónimo es el arma de los infames. En aquel anónimo, se le decía al coronel que su esposa le engañaba; que si quería sorprenderla en brazos de su amante, bajo su mismo techo, debía regresar á Madrid inmediatamente, aquella misma noche. Lo primero que hizo el coronel, fué romper en añicos el anónimo maldecido. ¿Dudar él de su esposa? ¿Dudar él de Mercedes, de Mercedes en quien simbolizaba

la virtud, la ternura, la abnegación y el cariño? No, no .. Si á las manos se le viniera el desconocido autor del anónimo, pedazos lo haría como al papel insidioso. . No dudaba, ¡pero regresó á Madrid aquella noche! Regresó ¡y mató! Porque allí, en su propio hogar, la esposa y el amante fueron sorprendidos por el esposo ofendido... Cuanto más grande fuera antes su fe, mayor fué entonces su ceguera. . Apuntó, disparó. Después que el humo del fogonazo le permitió ver y el primer impulso había pasado dejándole apreciar la verdad de su crimen, vió muerta á su esposa en el umbral de su propia habitación; al Marqués, mal herido, que se descolgaba al jardín por una de las ventanas, él sujeto y rodeado por los criados, que habían acudido asustados, su dicha perdida, su hogar vacío, sus manos ensangrentadas, su alma hecha pedazos, pero su honor vengado, ¡y á qué costa!

COND.

¡Eso es horroroso, Doctor!

DOCTOR

Comprobado el crimen de la esposa, el Jurado le absolvió. Pero desde aquel día cruel, don Julián es otro hombre. Taciturno, sombrío, huraño, reconcentrado; si no le arrancamos de su soledad, es hombre muerto. La tristeza va minando su existencia... He apelado á todos los planes curativos, pero inútilmente. Hay que salvarle, y para salvarle, distraerle, animarle, aturdirle... Por eso he pensado, abusando de su amistad y de su galantería, presentarle esta noche en su casa, Condesa.

COND.

¡Oh! Con mil amores. ¿Cómo no contribuir á una obra tan humanitaria?

DOCTOR

¡Oh! Gracias, gracias. (Levantándose.)

COND.

¿Se despide usted ya?

DOCTOR

Para ir á buscarle. He solicitado de usted este favor sin contar con él. Ahora voy á convencerle, á hacerle venir, porque la hora está al caer. Condesa... (Alargándole la mano.)

COND.

Adiós, Doctor. Y no deje usted de traer al coronel.

- DOCTOR Vendrá, vendrá... (La Condesa se levanta.) Pero, por Dios, Eugenia, no se moleste usted, no se mueva... Hasta muy pronto.
- COND. Adiós... adiós. (El Doctor vase por el foro derecha.)

ESCENA II

LA CONDESA y FLORINA

- COND. ¡Bonitas historias para venir á contarlas á una mujer media hora antes de un baile! (Volviendo á sentarse.) Afortunadamente, todo está compensado en este mundo, y el hecho de presentar á mis convidados un hombre tan excepcional, bien merece el sacrificio de que se me ericen los cabellos al recordar esa historia.
- FLOR. (Concluyendo el tocado.) Ya está. Ahora aquí una sencilla flor. ¿No es verdad, señora Condesa?
- COND. Sí, sí; una flor y nada más. La sencillez es el gran secreto del tocador.
- FLOR. Cuando se trata de la señora Condesa, es verdad. Pero no todas las mujeres pueden hacer alarde de una juventud y de una belleza que tantos la envidian.
- COND. Déjate de adulaciones, y acaba.
- FLOR. Ya está.
- COND. ¿Qué tal me encuentras? (Mirándose al espejo.)
- FLOR. No se lo digo á usted, porque va á creer la señora Condesa que la adulo.
- COND. No seas tonta; por mucho que se exagere, las mujeres nunca creemos en adulaciones, es decir, no creemos que se nos adula; nos conviene creer que es verdad el elogio. (Suenan dos golpecitos en la puerta de la izquierda, primer término.)

ESCENA III

DICHAS: SERAFÍN

- COND. ¿Quién está ahí?
SER. (Asomando la cabeza.) Soy yo, primita.
FLOR. ¡El señorito Serafín!
SER. He subido por la escalera de servicio, para sorprenderte mejor...
FLOR. ¿Por la escalera?... (Riendo.)
COND. ¡Qué loco! No se puede entrar. (Lo mismo.)
SER. Es que tengo que hacerte una súplica y decirte algo que te interesa...
COND. ¿Tú?
SER. Yo.
COND. Vamos á ver, entra. (Serafín obedece.) Pero no vayas á reírte de mi tocado...
SER. ¡Pues si estás adorable! Y no se puede encontrar un solo punto digno de crítica en tu traje. ¡Es una maravilla!... Y en cuanto á la que lo lleva... (Haciendo con los dedos ademán de besar.)
COND. Eso quiere decir que la modista se ha excedido...
SER. Completamente.
COND. Bueno; pues siéntate y sepamos de una vez qué es lo que te trae.
FLOR. ¿Me necesita la señora Condesa?
COND. No. Puedes retirarte, Florina. (Esta hace una reverencia y sale por la puerta porque ha entrado Serafín.)

ESCENA IV

LA CONDESA y SERAFÍN

- SER. Voy á presentarte una persona, primita.
COND. ¿Alguno que baila el vals tan perfectamente como tú? No suele haber de esto con mucha facilidad... ¡Ah! Y qué bien valsaba Ricardo, ¿te acuerdas?

- SER. Mira, mira... déjame ahora de recuerdos tristes y de danzas macabras.
- COND. Es que le recuerdo tanto...
- SER. Y sobre todo, cuando hablas de baile. Parece que le das con el pie á..
- COND. Cállate, Serafín.
- SER. Callo.
- COND. Y háblame de la persona que quieres presentarme. ¿Es una mujer?
- SER. No, prima. Fuera de los conocimientos que ya tenemos, no encuentro ninguna mujer que se te pueda presentar. No; se trata de un amigo mío, un héroe, un verdadero tipo de novela. Joven, apuesto, rico, noble, apasionado...
- COND. ¿De veras? Pues bien, querido primo. Esto viene como de molde. Porque yo también voy á presentar á mis convidados un héroe, una fiera rara.
- SER. ¡Oh! Pero con seguridad no tiene impresa en la frente la huella de un balazo que recibió por causa de una mujer.
- COND. ¿No ha hecho más que eso? El mío hizo más, mejor ó peor.
- SER. ¿Pues qué hizo?
- COND. Matar á la suya.
- SER. ¡Diablo!
- COND. ¡Oh! Fué una historia que ha conmovido á todo Madrid.
- SER. ¿Qué? (Levantándose rápidamente.)
- COND. ¿Qué te pasa?
- SER. (Sería singular...) (Alto.) No... no es nada. Pero... dime cómo se llama esa fiera rara...
- COND. Otelo. (Riendo.)
- SER. No te rías. Te lo pregunto en serio.
- COND. ¡Te digo que Otelo! ¿Acaso no es esto bastante?
- SER. Otelo no es un nombre.
- COND. Otelo... Otelo es muchas cosas á la vez. Es el moro de Venecia, es una ópera, es un marido celoso, es un coronel...
- SER. ¡Acaba!
- COND. Pues bueno; hazte cuenta de que Otelo es también el pseudónimo del coronel Eguía.

- SER. ¡Cómo! Esto sí que sería verdaderamente raro.
- COND. ¡Raro! ¿Por qué?
- SER. Una tontería, si quieres calificarla así. Pero lléveme el diablo si yo podía imaginar que hubieras invitado esta noche al coronel.
- COND. ¿Por qué no? Esto será indudablemente la gran atracción de la noche...
- SER. Pues bien, querida prima. El héroe de novela que yo iba á presentarte y para lo cual venía á pedir tu permiso, es, ni más ni menos, que mi amigo Alberto, el marqués del Camino...
- COND. ¿Estás loco, Serafín? ¿Aquí el Marqués? Frente á frente...
- SER. Del hombre que le agujereó la cabeza, porque amaba á su mujer. Eso sería espantoso...
- COND. ¡Los dos aquí!...
- SER. ¡Ah! Se me ocurre una idea salvadora.
- COND. ¿Tienes una idea?
- SER. Tranquilízate, Eugenia. Alberto está aún en su casa, seguramente, puesto que quedó en esperarme. Le quito los guantes y la corbata y le digo que se ha suspendido el baile, porque te has puesto mala... ó que te has muerto... Que Ricardo ha resucitado... En fin, yo me arreglaré de modo que impida su venida...
- COND. (Empujándole.) Vé... vé...
- SER. Hasta luego... (Sale foro derecha.)

ESCENA V

LA CONDESA, luego UN CRIADO

- COND. ¡Frente á frente los dos! Pues en flojo compromiso nos iba á poner el atolondramiento de Serafín. Afortunadamente llegará á tiempo para impedirlo.
- CRIADO (Foro derecha.) ¡La señorita Angela Ballester!... ¡Don Bernardo de Olival!...
- COND. Gracias á Dios que empiezan á llegar mis invitados.

ESCENA VI

IA CONDESA, ÁNGELA, DON BERNARDO

- COND. (Adelantándose á recibir á los anunciados.) ¡Angelita!
¡Don Bernardo!
- BERN. ¡Señora Condesa!
- ANG. ¡Señora!
- COND. Ya veo que ha cumplido usted su palabra.
(A don Bernardo.) Gracias, gracias... Angelita,
tanto gusto en verla por aquí... (Bajan al proscenio.)
- ANG. La honra es mía, señora Condesa.
- BERN. No faltaba más, señora, sino que yo dejase de cumplir una palabra empeñada...
- COND. Ya, ya lo sé... (A Angelita.) El solo anuncio de que esta noche cantaría usted, hará que no falte ni uno solo de mis amigos. Cosechará usted aplausos, no tan numerosos como en el Real, porque es imposible reunir aquí tanta gente; pero no serán éstos, seguramente, menos sinceros que aquellos otros.
- ANG. ¡Oh, tantas bondades!...
- BERN. La bondad personificada (Por la Condesa.) y el mérito indiscutible. (Por Angela.) Ya se conoce el fallo... Aplausos... sin apelación.
- COND. Y vendrá el maestro Gironés. El la acompañará al piano...

ESCENA VII

DICHOS, ISABEL, EL CRIADO

- CRIADO (Por el foro.) ¡Doña Isabel de Laserna!... (vase.)
- COND. (Corriendo al encuentro de Isabel.) ¡Isabel!
- ISABEL ¡Eugenia! (Besándose mutuamente.) ¡Señores! (saludando á don Bernardo y Angela.)
- COND. Te presento á nuestra diva. (Por Angela. A ésta.)
Doña Isabel de Laserna.
- ANG. Señora...
- ISABEL Me felicito de tan dichoso conocimiento.

- COND. Don Bernardo de Oliva... un magistrado integérrimo.
- BERN. (Inclinándose.) Como todos, señora, como todos.
- COND. Pero sentéronos. (Valse sentando alrededor de la chimenea.) Usted aquí, Angelita.
- BERN. Y el integérrimo, ¿en dónde?
- COND. Usted aquí, á mi lado.
- BERN. Pero no demasiado cerca, ¿eh?
- COND. ¿Por qué, don Bernardo?
- BERN. Pues.. porque la justicia debe huir de toda seducción.
- COND. ¿Juegos de palabras tenemos?
- BERN. Como que pienso dedicarme á escribir piezas. .
- COND. ¿De convicción?
- BERN. No, para el teatro. Si convencen ó no, lo dirá el público en su día.
- ISABEL Veo que todavía he llegado temprano.
- BERN. Sí, sí que ha llegado usted temprano... como yo... (á los cincuenta).
- COND. Pues si supieras el peligro que hemos corrido... (A Isabel.)
- TODOS ¿Por qué?
- COND. Ése aturdido de Serafin... ¿Pues no iba á presentarnos esta noche á Alberto, el marqués del Camino?
- ANG. (Con sorpresa.) ¡Alberto!
- ISABEL ¿Y qué?
- COND. ¡Friolera! Como que vendrá esta noche el coronel Eguía...
- ANG. (Con asombro.) ¡Cómo! ¿Vendrá esta noche el coronel? (Reponiéndose.) ¡Qué sorpresa!
- ISABEL Le conozco hace mucho tiempo. Es un hombre muy agradable.
- BERN. Y que, sin embargo, ha matado á su mujer.
- ISABEL ¡Oh! Pero ha sido por amor, caballero. La razón es de peso...
- BERN. Como de usted. Convence... y abruma.
- ISABEL Se necesita ser de otro tiempo y de otra raza para matar á una mujer por amor. ¿Qué quiere usted? Para mí tiene excusa. Detesto los seres fríos é impasibles... Además, eso en el fondo es un homenaje.
- COND. Sí, un homenaje á la muerte.
- ISABEL Don Bernardo, y usted que asistió á la vista,

debe conocer perfectamente los detalles de este suceso. ¿No se corrió la voz de que el coronel quiso suicidarse en su prisión? ¿Hay algo de verdad en ello?

BERN. Nada absolutamente, señora. Puedo asegurar á usted, por el contrario, que el coronel, antes y después, ha querido vivir para sufrir más. Ya no es el hombre de otro tiempo. Me parece que aun le estoy viendo en el Tribunal el día que compareció frente á frente al Marqués Pero hay una parte terrible y siniestra que ha quedado oculta en este espantoso drama...

ANG. (Que ha seguido el relato con avidez.) ¿Cuál?... ¿Cuál?...

BERN. Una carta anónima, en la cual se avisaba al coronel, y que á pesar de todas las investigaciones no ha podido jamás descubrirse de dónde procedía.

ANG. ¿Que no? (Con satisfacción.)

COND. ¡Cómo! ¿No se ha sabido nunca? ¿Para qué sirve entonces la justicia?

BERN. Para buscar la verdad.

ISABEL. Entonces ..

BERN. Ha buscado y ha buscado con interés, pero inútilmente.

ISABEL. En todo eso debe haber mezclada una mujer.

BERN. Es muy posible.

COND. ¿Tenía la coronela alguna enemiga?

ISABEL. (Con intención.) O lo que es lo mismo, ¿alguna amiga... íntima?

COND. Y el Marqués, ¿no tenía ningún rival ú otra amante? Un hombre suplantado ó una mujer abandonada son temibles.

BERN. El Marqués frecuentaba mucho el escenario del Real, y no sé... Allí debió usted encontrarle más de una vez, Angelita.

ANG. Sí, en efecto; pero no le he conocido amorío ninguno entre mis compañeras de teatro.

COND. Ya llegan mis invitados. Siento ruido... Ustedes me perdonarán... (Levantándose.)

BERN. Por mi parte, perdonada y absuelta... libre y sin costas.

ANG. No faltaba más.

ESCENA VIII

DICHOS, RAFAEL, DAMAS 1.^a y 2.^a, CABALLERO 1.^o, INVITADOS

- COND. (Recibiéndolos en el foro.) Sofía, Clementina, Marquesa, don Fernando, señor Director, capitán... ¡Rafael!
- DAMA 1.^a Eugenia... ¡gracias á Dios que se pueden asaltar sus salones!...
- RAF. Señora Condesa...
- COND. ¡Oh! Rafael... No tome usted en serio eso del asalto que dice Clementina.
- RAF. Descuide usted, Condesa; Mis floretes se han quedado en la panoplia.
- DAMA 2.^a Y bien están allí... Me crisan los nervios los tiradores.
- COND. (A Rafael.) Además, tampoco encontraría usted rivales poderosos. (Todo esto hacia el foro. Los invitados vanse acercando al primer término y cruzan sus saludos con los personajes que ya se hallaban en el salón, los cuales se habrán puesto de pié para recibirlos.)
- CAB. 1.^o ¡Hola, Angelita! (Saludándola.) La tenemos á usted hoy aquí también. Miel sobre hojuelas va á resultarnos la fiesta de esta noche...
- RAF. Señor don Bernardo... bien hallado...
- COND. Vaya, señores, para que no esperen más tiempo voy á disponer que enciendan el salón.
- ISABEL No, si no echamos de menos el baile. (Sale la Condesa.)

ESCENA IX

DICHOS, menos la CONDESA. Los convidados formarán varios grupos, unos en torno de la chimenea, otros de pié rodeando á algunas damas. Algunos invitados paseanse distraídamente hacia el foro.

- RAF. ¿Angela? Si permites que te haga un rato de compañía... (Uno y otro habrán venido á colocarse en la izquierda primer término.)

- ANG. Allá tú. (Con displicencia y sentándose en una butaca.) Si consigues quitarme el fastidio, porque estoy muy aburrída, mucho.
- RAF. Eso será que echas seguramente de menos...
- ANG. ¿A quién?
- RAF. Al Marqués.
- ANG. ¡Rafaell! (Con reproche)
- ISABEL (A don Bernardo, que habla con otro caballero junto á la chimenea.) Se prohíbe hablar de política, señor magistrado.
- BERN. No sea usted cruel, señora. ¿Dónde hay más inocente distracción que el hablar de política?
- RAF. ¿Quieres que te diga que le amas aún?
- ANG. ¡Qué tontería! (Procurando reír.)
- RAF. Entonces, ¿á quién amas?
- ANG. A tí. (Con ironía.)
- DAMA 1.^a (En otro grupo.) No, si yo no digo que sea mal orador; pero frío, sin expresión...
- CAB. 1.^o Pero, en cambio, ¡qué profundidad! ¡Qué fondo!
- DAMA 1.^a Tan profundo... que jamás se le ve el fondo.
- RAF. Pero eso no impide que te aburras soberanamente.
- ANG. Por eso me alegro que hayas venido... Para alegrarme.
- RAF. ¿De veras?
- ANG. De veras.
- RAF. Me alegro mucho, porque me iba pareciendo que ya no eras la misma para conmigo y que pensabas en otro.
- ANG. ¿En quién?
- RAF. ¿Lo sé yo acaso?
- ISABEL ¿Volvemos á las andadas? (A don Bernardo.)
- BERN. Vamos. Habrá que teparle á usted la boca con una flor. (Ofreciéndole una de un búcaro.)
- ANG. ¡Qué tonto eres, Rafael! (Con sorna y á media voz.) ¿Temes que alguno me robe á tí? Esto es tan difícil como si yo temiese el que alguna mujer me robase tu persona. Te irás con alguna, y, sin embargo, volverás á mí, así como yo, aunque pueda admirar á otro, he de volver á tí. Mi vida te pertenece y la tuya es mía, porque ya estamos encadena-

- dos para siempre. Fíjate bien que he dicho encadenados, que no he dicho unidos.
- CAB. 1.^o (A la DAMA 1.^a) Se comprende perfectamente que ustedes las damas prefieran la poesía...
- DAMA 1.^a Y eso que ustedes se empeñan en hacerla desaparecer.
- CAB. 1.^o No tal. ¿Cómo ha de desaparecer mientras viva una mujer hermosa, usted por lo menos?
- RAF. No advierto gran diferencia entre lo uno y lo otro.
- ANG. Me lo figuraba, porque para advertirlo se necesita ante todo... corazón. La unión es lazo de flores tejida por el amor. La cadena... su nombre lo dice: pesa, ahoga, abruma, el fatalismo la ata y el odio unas veces, el crimen otras, siempre lo malo, lo aborrecible es quien se encarga de remacharla. Ya ves si hay diferencia.
- ISABEL. (A Angela.) ¿Angelita? Suponemos que será selecto el programa que usted ha de brindarnos.
- ANG. Schubert y Bellini harán el gasto.
- ISABEL. ¡Magnífico! Y cantadas sus obras por usted...
- RAF. Lo peor es que no tendremos *casta diva*. (Con intención.)
- ANG. (Aparte.) ¡Miserable!
- ISABEL. ¡Oh! Pero ya nos compensará con otros trozos igualmente maravillosos...

ESCENA X

DICHOS, la CONDESA por el foro.

- COND. (saliendo) Pronto va á empezar la fiesta. Sin embargo, si alguno de ustedes quiere distracción... el bufett está abierto.
- CAB. 1.^o ¿Y el fumador?
- COND. Ustedes siempre impenitentes. Conchas y Virginias es lo único que puedo ofrecer...
- CAB. 1.^o ¡Oh! Pues voy allá. (Sale por el foro izquierda. La Condesa se acerca al grupo de la chimenea.)
- ANG. (A Rafael.) ¿Y eres tú el que dices que me

amas? ¿Y eres tú el que parece poner empeño decidido en mostrar á la faz del mundo tu perversión y mi caída?

RAF. Me buscas el corazón, y ya no me defiendo, ataco.

ANG. ¡Eres un infame, Rafael!

COND. (A Isabel.) Isabel. ¿No has visto hoy á Valentina?

ISABEL. No; hace ya algunos días que no veo á la pobre niña.

RAF. Seré un infame, pero lo seré por amor. No olvides que también el amor arrastra al crimen.

COND. Veremos si se olvida de venir. Se lo he dicho hace ocho días y no le he mandado aviso hoy.

RAF. Es que temo perderte, Angela...

ANG. Te he dicho que estamos encadenados por la costumbre, por el miedo y por el desprecio.

ISABEL. La pobre niña es tan amiga del hogar. Parece que le asusta el bullicio del mundo.

COND. No es de las nuestras, Isabel, no es de las nuestras. Por eso temo que no venga. Y se me olvidó el avisarla hoy, porque ¡tiene una que atender a tantas cosas!

ANG. No te incomodes por esto, porque ya sabes que tengo razón en lo que digo. ¡Se encuentra también algún consuelo en desnudarse moralmente, sin sentir vergüenza por las propias faltas!

DAMA 2.^a (A un caballero.) Se ha fugado también... con su groom, un negrazo soberbio... Ya ve usted, los ejemplos vienen de tan alto...

CAB. 1.^o Que se va á dar de bruces en lo más bajo, es verdad.

ANG. (A Rafael) Y esto mismo hace que te ame ahora y siempre. Tú más que mi amante eres mi cómplice...

RAF. ¡Calla!

ANG. ¿Tienes miedo?

RAF. Por tí.

ANG. O por los dos. Pues ya ves. No te dé cuidado el Marqués ni ninguno. Entre nosotros tiene que durar todo... todo... ¡hasta la muerte de uno de los dos!

ESCENA XI

DICHOS, SERAFIN. Luego el CRIADO

- SER. (Por el foro.) ¡Eal Ya estoy de vuelta.
VARIOS ¡Serafin! ¡Hola, Serafin!
SER. Vengo con un palmo de lengua fuera.
DAMA 1.^a Como siempre. Así no se la muerde usted nunca.
COND. (Tayéndole al proscenio.) ¿Y el Marqués?
SER. No vendrá.
COND. ¿De seguro?
SER. De seguro.
COND. ¿Le has visto?
SER. No. Ya había salido Pero me ha asegurado su ayuda de cámara que volvería y habrá leído ya á estas horas la tarjeta que le dejé.
COND. ¿Y si no la recibe?
SER. No puede ser, querida prima Te aseguro. .
COND. Me haces temblar.
SER. Te aseguro terminantemente que no vendrá.
COND. Pero ¿tienes seguridad de ello?
SER. Tengo certeza.
CRIADO (Anunciando.) ¡El señor Marqués del Camino!
COND. ¡Mira!
SER. (Confundido.) ¡Tableau!

ESCENA XII

DICHOS y ALBERTO

- ALB (Se presenta grave y taciturno. Ostenta en la frente una cicatriz. La Condesa se adelanta á recibirle.) Señora Condesa...
COND. (Estrechándole la mano.) Señor Marqués... tanto honor.
ALB. Sería una falta imperdonable á la galantería, el no acudir á una tan selecta reunion, cuando á ella soy invitado...
COND. Gracias... tales elogios me lisonjean, Marqués.

- ALB. (A la dama 1.ª) Clementina, ¡qué feliz encuentro! (Hablan bajo.)
- RAF. (A Angela.) Te ha mirado... (Por Alberto.)
- AEB. Pero no me ha visto .. Mirada de indiferencia. Ya ves si tenía razón. (Con amargura. Alberto se despide de Clementina en el momento que se le acerca Serafin.)
- SER. (Aparte. Trayéndolo al proscenio.) ¿No has leído mi tarjeta?
- ALB. ¿Qué tarjeta?
- SER. Una que he dejado á Pedro para que te la entregase.
- ALB. ¡Si no he ido á mi casa!
- SER. Entonces; todo se explica. Sin embargo, yo te había dicho...
- ALB. Que me esperabas en el Veloz y allí te esperé; pero viendo que no ibas y teniendo deseos de ser presentado á tu prima...
- SER. ¡Tienes razón! Si tengo la cabeza á pájaros. Te había citado en el Veloz y luego me figuré que había sido en tu casa... Todo se me olvida...
- COND. (A don Bernárdo) Conmigo no cuente usted hasta el cotillón.
- BERN. Bien, pero será en clase de regalo.
- COND. Cómo de regalo!
- BERN. ¿Pues qué regalo más apetecible que una mujer tan hermosa? (Siguen hablando bajo.)
- ALB. Pero ¿qué me decías en tu tarjeta?
- SER. Nada.
- ALB. ¿Nada?
- SER. Sí .. casi nada. Te quería avisar una cosa que yo no sabía... Mi prima ha invitado, ¡adivina á quién! al coronel Eguía, que vendrá esta noche.
- ALB. ¿Aquí el coronel? (Contrariado.)
- SER. Después de todo, lo pasado pasado está. Pertenecéis los dos á la misma clase y es ridículo pretender que dos hombres de la buena sociedad, dos hombres de mundo como tú y el coronel habéis de andar á tiros un día y otro y donde os encontréis.
- ALB. ¡Si no es eso! Es que temo que ese hombre crea que con mi presencia en este baile ul-

trajo sus dolores; temo que me juzgue tan infame que vengo á olvidar en el bullicio de los salones, á divertirme, cuando tú sabes perfectamente que desde aquella noche horrible...

SER. Eres otro, ya lo sé. Y el recuerdo de aquella mujer te persigue incesantemente. Guardas para ella un recuerdo piadoso, buscas en el ejercicio de la pintura una distracción á tus pesadumbres... Pero los hombres de tu cuna y de tus condiciones pertenecen ante todo al mundo, á la sociedad. Volverás á enamorar, á ser amado... (Alberto mueve la cabeza en señal de duda.) ¿Que no? Allí tienes á la Ballester, á nuestra diva, que parece querer comérsete con los ojos.. La saludaremos luego, ¿eh? Cuando se aparte de su lado Rafael... Dicen que ella le detesta, á pesar de la insistencia de él....

ALB. (¡Qué taravilla!)

RAF. (A Angela.) No sé por qué me parece que ese hombre ha de sernos funesto...

ANG. ¿Para tí?

RAF. Luego ¿tú no le temes?

ANG. Si él llega á serte funesto, piensa que antes lo fuiste tú para él... Vida por vida...

CRIADO (Anunciando.) ¡El coronel Eguía!

ESCENA XIII

DICHOS, el CORONEL y el DOCTOR. El primero se presenta displicente y triste acompañado del Doctor. Todos callan y aquellos se dirigen a la Condesa que estará en segundo término de la izquierda. A la derecha forman grupo en el proscenio Seraffín y Alberto. En la izquierda Angela y Rafael

RAF. (¡Juntos los dos!) (A Angela.)

ANG. (Los dos no... los cuatro.) (A Rafael.)

COR. Condesa...

COND. ¡Qué alegría, coronel, al verle por aquí! Gracias por tanto favor. ¡Ya sé que vuestra primera salida coincide con mi primera reunión!

- COR. Prescripción del doctor. (Con doloroso acento.)
Estoy amenazado de muerte, según dicen,
si no me distraigo un poco... ¡y me he deci-
dido á obedecer!
- RAF. (¿No tiembblas al verle?)
ANG. (Pero no temo.)
COND. Si es al Doctor á quien debo esta satisfac-
ción, doy gracias al médico y acabaré por
creer en la medicina.
- DOCTOR ¿No cree usted en ella? (A la Condesa.)
COR. Y bien hará en no creer. No sirve ni para
calmar mis nervios.
- DOCTOR ¡Los nervios, los nervios llevando la culpa
de todo! Lo que hay, son algunas enferme-
dades, que toda nuestra ciencia no basta á
curarlas.
- COND. Con permiso de ustedes. Voy á ver si pode-
mos empezar.
- COR. Pues hasta muy pronto, Condesa. (Inclinán-
dose.)

ESCENA XIV

DICHOS menos la CONDESA. Esta sale por el foro. El Coronel y el Doctor, paseándose distraídos, vuélvense hacia donde está Alberto. Lo ve el Doctor y quiere llevarse al Coronel en dirección opuesta. Este mira y ve á Alberto, deteniéndose de repente y fijándose en él con mirada terrible. Alberto, sin bajar la cabeza, se inclina ante el Coronel con dignidad y tristeza

- COR. (¡Oh!) (Crispando los puños.)
DOCTOR (¡Calma, coronel!)
BERN. (Acercándose al Coronel.) Mi querido don Ju-
lián... ¡Cuánto me alegro de este dichoso
encuentro...
- COR. (Con ironía.) ¡Oh, demasiado dichoso!... Gra-
cias, señor magistrado.
- DOCTOR (Pues señor, el diablo los reúne aquí esta
noche.)
- ALB. (A Serafin.) ¿Tú crees...?
SER. Que el primer relámpago está conjurado.
COR. Calma... ¡oh, no me faltal (Al magistrado.) Pero

no olvide usted que hay calmas muy terribles, que anuncian tempestad.

RAF. (Acercándose al Doctor.) ¿Qué masculla usted ahí, doctor?

SER. ¡Ea! Ya creí que ese hombre no dejaba a Angela en toda la noche...

ALB. Voy á despedirme de ella. (Por detrás del grupo que forman el Coronel, don Bernardo, Rafael y el Doctor se dirige a Angela.) ¿Angela?

ANG. (Con sorpresa.) ¡Oh, Marqués!... (Hablan bajo.)

DOCTOR. Nada, sino que hay fatales coincidencias en este mundo. (A Rafael.)

COR. (A don Bernardo.) ¿Olvidar? No. Fué la herida demasiado honda para olvidarla.

BERN. Pero hay en la tierra para todas las heridas, bálsamos consoladores.. (Hablan bajo.)

DOCTOR. (A Rafael.) Mire usted. El coronel Eguía, el Marqués...

RAF. Y el magistrado. No falta sino renovar la escena del juicio... ¡Y público también lo hay!

COR. ¡Ah, sí! La fatalidad es la única á quien echamos las culpas que sobre nosotros no queremos.

DOCTOR. (A Rafael.) Pero falta todavía...

RAF. ¿Quién?

DOCTOR. El infame autor del anónimo.

RAF. Ese no aparecerá.

DOCTOR. Desgraciadamente.

RAF. Esas cosas siempre quedan ocultas...

DOCTOR. Y esas son las que merecen el grillete y el presidio.

COR. La pasión... pudo cegarle, es verdad. No era ni siquiera mi amigo... tiene disculpa, es verdad.

BERN. No, si no es que yo le disculpe...

DOCTOR. (A Rafael.) Bien le sienta al Marqués la cicatriz en la frente; pero crea usted, Rafael, que mejor le sentaría la bala en el pecho al delator.

ALB. (A Angela.) No fui yo el que rompí estos lazos, Angela. Fuéronse ellos aflojando insensiblemente... pero supongo que me habrá perdonado usted.

- ANG. ¿Perdonarle, Marqués?
- ALB. Aunque solo sea por lo mucho que he sufrido. (Rafael y el Doctor se pasean hacia el foro hablando bajo.)
- COR. (A don Bernardo.) Me ha mentido y la perdono.
- BERN. Eso es propio de las almas generosas y grandes.
- COR. De las que han amado mucho... Juro por mi honor, que cometería la acción que me exigiesen, cualquiera que fuese, que daría cuanto poseo por volverla á la vida y oír cerca de mí su voz, la voz de mi Mercedes.
- ALB. Adiós, Angelita.
- ANG. ¿No se queda usted?
- ALB. Imposible. Me han avisado que no debía venir. No recibí á tiempo el aviso, pero enmiendo mi error.. Adiós.
- ANG. Adiós, Marqués. (Este vuelve al lado de Serafín.)
- RAF. (Acercándose á Angela.) ¿Qué te ha dicho ese hombre?
- ANG. Preguntarme si conocía al autor de la carta dirigida al coronel..
- RAF. ¡Angela!
- ALB. (A Serafín.) Adiós...
- SER. Però ¿te vas cuando ya pasó el peligro?
- ALB. Despideme de tu prima...
- COR. Olvidarla yo, olvidarla cuando era mi vida, cuando era mi esperanza, cuando ella...
¡¡Ella!! (Con espanto. En el momento en que Alberto va á salir, aparecen en el fondo Valentina y don Santiago. Alberto y el Coronel quedan estupefactos al mirarla.)

ESCENA XV

DICHOS, VALENTINA, don SANTIAGO.

- DAMA 1.^a ¡Valentina! (Besándola.)
- CAB. 1.^o ¡Señorita!... ¡Hola, don Santiago!...
- VAL. (A la dama 1.^a) También tú por aquí.
- ALB. (Por Valentina.) (¿Qué visión es esta? ¡Ella!)
- COR. (Idem.) (¿Pero es Mercedes que resucita?)

- SANT. (Al Caballero I.^o) Mire usted que hacer venir al baile á un hombre como yo, enamorado de lo antiguo.
- CAB. 1.^o ¿Pues quiere usted antigualla mayor que el baile?
- COR. (Por Alberto y Valentina.) Y la mira... la mira... ¡oh!
- BERN. ¿Qué le pasa á usted, coronel?
- COR. (Nerviosamente agarrándole del brazo.) ¿Quién es esa mujer?
- BERN. Valentina Ceballos, parienta lejana de la Condesa, y su tío el hombre que la acompaña...
- COR. ¿Pero no es... ella? (Con agitación.)
- BERN. ¿De quién habla usted, coronel?
- COR. ¡De Mercedes .. de la muerta! (Con voz ronca.)
- BERN. Sí que se le parece .. (Aun le dura la obsesión.)
- VAL. ¿Angelita? (Acercándose á ésta.)
- ANG. ¡Valentina! (Abrazadas.)
- RAF. Por lo visto se conocían ustedes...
- ANG. Toma... ¡Desde nuestros tiempos del Conservatorio! Pero ¡cuánto tiempo hace que no te he visto!
- COR. No, no es ilusión mía. . Mire usted al Marqués y se convencerá. La misma impresión. ¡Y es que los dos la vemos lo mismo, lo mismo!
- ALB. (A Serafina.) Esa mujer...
- SER. Valentina Ceballos, prima de la Condesa y mía... en segundo grado.
- COR. (Con tristeza) ¡Qué hermosa es!
- BERN. Parece que lo dice usted como si le pesara...
- ALB. Si no me lo aseguraras, sería capaz de creer...
- SER. ¿Qué?
- ALB. Nada... En la posibilidad de la resurrección.
- VAL. (A Angela.) Pues hasta luego, que te aplaudiremos.
- ANG. Gracias, gracias, ya sé que siempre has sido buena amiga mía. Adiós. (Valentina vase al fondo con una de las invitadas hablando bajo.)
- RAF. (A Angela.) Mira al Marqués. (Con fruición.)
- ANG. ¿Para qué?

- RAF. Para que te convenzas de lo que de ti se acuerda.
- ANG. Tampoco el Coronel se acuerda de que estás tú en el mundo; que si se acordara...
- COR. (Al Doctor.) ¿Usted conoce á Valentina?
- DOCTOR Un poco... y á su padre, mucho.
- COR. Yo necesito hablar á esa mujer. (Con exaltación.)
- DOCTOR (sin comprender) ¿A cuál?
- COR. A Valentina.
- DOCTOR ¿Qué animación es esa, don Julián?
- COR. No lo sé... Algo que de repente se despierta acá dentro, muy adentro; algo que me manda vivir, algo que me hace quedar...
- DOCTOR ¿Amor? (sintiéndolo.)
- COR. No... Y si amase á esa mujer, no sería por ella, sino .. por la otra... Volvería á amar á Mercedes en ella
- SER. (A Alberto.) ¿Pero te has quedado mudo?...
- ALE. De admiración, Serafin. Preséntame á tu prima.
- SER. Con mil amores. Vamos (Cogiéndolo del brazo y dirigiéndose á Valentina.) ¿Primita?
- VAL. ¡Serafin!
- SER. Te presento á mi amigo el Marqués del Camino. (Hablan bajo. La Condesa sale por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. LA CONDESA.

- COND. ¡Al salón, señores! Creo que va siendo hora. La orquesta va á empezar el vals.
- SER. ¿Me lo concedes, prima?
- COND. Van á decir mis convidados que me tienes secuestrada.
- SER. ¿Y yo no soy también convidado tuyo?
- ALB. (A Valentina.) ¿Acepta usted mi brazo, señorita?
- SER. (Que lo ha oído al pasar del brazo de la Condesa.) ¿Ya no te vas? ¡Bravo! Me alegro...
- COR. (Por Alberto.) Me la roba también, como la

- otra... No hay duda que sigue amando á Mercedes en Valentina.
- ANG. (A Rafael.) No, no quiero presentarme de tu brazo en el salón. ¿No dicen todos que será la heroína de esta noche? Pues bien; quiero ir del brazo del coronel, del héroe. Así, al sentir la presión de su brazo en el mío, me convenceré de si sirve para acariciar como para dar la muerte.
- RAF. ¡Angela!
- ANG. (Levantándose.) ¡Qué tonto, si aún no he dicho que fuera á matarte á ti!
- COR. (Siempre ese hombre en mi camino... ¡Oh! No será yo quien lo tolere...)
- DOCTOR ¿Adónde va usted, coronel?..
- COR. A buscar al infame autor de mi desdicha... á abofetear al autor de esta herida no curada aún...
- ANG. (Presentándosele.) ¿Coronel?
- COR. ¿Señori'a?
- ANG. ¿Me hace usted la merced de ser mi caballero por un momento?
- DOCTOR (Ya está desarmado.)
- COR. (Comprimiéndose.) Con mil amores. (Dándole el brazo.)
- DOCTOR Don Julián, ¡que sea enhorabuena! Lleva usted del brazo á Angela, un verdadero angel.
- ANG. (Volviéndose.) Gracias, Doctor. (Dirigense al fondo.)
- RAF. (Al Doctor.) Pero es... el ángel caído. (Con intención.)
- DOCTOR (Con júbilo.) ¿Luzbel? ¡Cá! A lo más un diablillo con faldas... ¡Como todas! ¿Vamos adentro?
- RAF. VAMOS. (La orquesta ha empezado á preludiar un vals. Los convidados han desfilado por parejas, saliendo por la puerta del foro centro. Cuadro.)

TELON.

ACTO SEGUNDO

Salón de un hotel en la Granja. A la derecha, primero y segundo término, dos balcones. Al foro puerta grande en el centro y dos más pequeñas con portier a uno y otro lado de ésta. Dos puertas iguales á la izquierda. Es de día. Muebles de madera curvada, alguna mesa, etc.—Al alzarse el telón y en la izquierda, segundo término, juegan al tresillo la Condesa, Valentina, Serafin y el Doctor. Asomados á la derecha, primer término, Angela y Rafael.

ESCENA PRIMERA

ANGELA, la CONDESA, VALENTINA, RAFAEL, SERAFIN y el DOCTOR

- COND. (Jugando.) Paso.
SER. Juego.
COND. No será conmigo.
RAF. (En el balcón.) Si yo no te amase, Angela, ese hombre me sería indiferente. Pero te amo; te amo, y cuando pienso que le has adorado á él...
ANG. Si es verdad que he amado al Marqués, no lo es menos que ya no le amo.
RAF. ¡Siempre se ama la persona por quien se ha cometido una infamia!
ANG. Palabra muy singular en ti. Si ha habido infamia, y villanía, y crimen, creo que también tienes en ello alguna parte...
DOCTOR ¡El basto! (Jugando.)
ANG. ¿No sabes que hay muchas personas á quie-

nes se las aborrece, tanto, por lo menos, como se las ha querid)?

RAF. ¿Por quién dices eso?

ANG. Por él... y por otros.

RAF. Sin embargo, el Marqués está aquí.

ANG. Como está hoy medio Madrid en San Ildefonso.

RAF. ¿No es por él por quien has venido tú también?

ANG. ¡Qué ideas tan peregrinas se te ocurren!... Debes cuidarte, Rafael; debes cuidarte... (Con sorna.)

DOCTOR (Jugando) Robo.

VAL. ¿Cuántas quedan?

DOCTOR Tres.

VAL. Vengan. (Juegan.)

RAF. (A Angela.) Ya sabes que tú has ejercido en mi vida una influencia decisiva y que á donde has querido me has llevado. Si te he obedecido es porque te adoraba, porque me tenías loco...

ANG. (Con sarcasmo.) ¡Cuando digo que debías dedicarte al teatro! Serías un gran actor, la verdad. Sientes lo patético como pocos. Pero no sirves para adivino, *mio caro*; porque perseguir con tu odio al Marqués, es como ir á caza de fantasmas. Sí, he sido bastante loca ó miserable—ya ves que también me conozco—para haberle amado hasta el punto de realizar una venganza. Después... después me he convencido de que lo que imaginaba eterno y firme, era pasajero como los demás sentimientos, y no es él, no... (Pensativa y soñadora.)

SER. (Jugando.) ¡La espada!

COND. ¡También es fortuna!

SER. Afortunado en el juego ..

DOCTOR ¿Qué es eso? ¿Hay alguna ingrato por medio?

COND. (Riendo.) No le haga usted caso, Doctor, porque es de lo más aturdido... (Juegan.)

ANG. (A Rafael.) Y no consiento que me pidas cuenta de mis sueños, ni te concedo el derecho de escudriñar mi conciencia. Ya sabes

que el único título que en verdad puedo darte, es... el de amigo.

RAF. ¿Y crees que agradezco esa amistad?

ANG. Haces mal en rechazarla. ¿No me he forjado yo más de una vez la ilusión de que te amaba? ¿Qué te falta á ti para que puedas creer que yo te amo? Nada... casi nada. Que yo te lo diga. Pues bien, no me lo preguntes, no me atormentes con tus celos injustificados y de mi boca no saldrá ni una palabra. Al contrario, esta obediencia pasiva podrá hasta hacerte creer que te amo. ¿No te obedezco en todo y para todo? ¿Pues qué trabajo te cuesta el creer que yo te ame?

RAF. ¡Oh! Antes que esa indiferencia, prefiero tu odio mil veces. ¡Bien sabía yo que tu corazón no era mío!

ANG. Ni nunca me lo has pedido, ni nunca fué tuyo mi corazón. Un día... cerramos un trato. Te necesitaba; me ayudaste, y te pagué. Al servirme tú en mi desesperación, servías tu odio.. Tú habías amado á la esposa del coronel, se lo habías dicho...

RAF. ¡Silencio, que pueden oírnos!

ANG. ¡Pues ya ves á quién importa más el callar!

COND. (Levantándose.) Basta. Me han ganado ustedes un dineral.

SER. (idem.) Dí, más bien, que todo te cansa en seguida.

COND. Si eso fuera verdad, ya te habría yo mandado...

SER. ¿Adónde?

COND. Te habría mandado... un par de monumentales cala... (vienen todos al proscenio.)

SER. ¡Bazas!

DOCTOR ¡Ahora se le ocurren á éste las bazas, cuando se termina el juego!

ANG. ¿Señora Condesa? (viniendo á su lado.)

RAF. (En el balcón.) (Me abandona...)

COND. ¿Vendrá usted á los jardines, Angela?

ANG. Después. Al caer la tarde. Ahora es la hora de la lección.

VAL. ¿Y qué cartel es el de mañana?

ANG. La *Favorita*.

- COND. De Donizetti.
SER. ¡Oh! Y mía.
DOCTOR ¡Qué más quisiera usted que una favorita así
SER. Es una obra que no envejece jamás.
COND. A pesar de que no hay organillo que no nos aporree los oídos con su música.
DOCTOR Pues en cuanto la favorita se haga vieja... La verdad, yo tampoco querría una vieja para favorita.
VAL. Este Doctor...
DOCTOR Hablando un poco de todo. Ayer he recibido carta del coronel.
COND. ¿Sigue en Madrid?
ANG. ¿Vendrá á la Granja? (Con ansiedad.)
DOCTOR Le espero de un día á otro. Me anuncia su llegada...
RAF. (Acercándose.) Y yo les anuncio á ustedes mi salida.
COND. ¡Hola, Rafael! ¿Se va usted?
RAF. Al Casino. A ver qué se cuenta.
COND. A arrancarnos tiras de pellejo, ¿verdad?
RAF. ¡Por Dios, Condesa!
SER. ¿Y cuándo tienen ustedes ese asalto?
RAF. Espero nada más la llegada del maestro.
COND. ¡Oh! Será un acontecimiento, de seguro.
RAF. Creo, por lo menos, que es bastante igual el partido.
DOCTOR El juego de éste es muy difícil de seguir.
SER. Gracias á eso, no fué nunca tocado, ¿verdad, Rafael?
DOCTOR Pues yo creo que lo está... en el corazón.
SER. He dicho que nunca fué...
DOCTOR Bueno. Ser ó estar. La Gramática los conjuga juntos.
RAF. Vaya, vaya. Me voy.
DOCTOR Espérese usted, hombre, iremos juntos. Has luego, Condesa.
COND. Adiós, Doctor. Adiós, Rafael. Hasta muy pronto. (Rafael y el Doctor salen por el fondo.)
ANG. Y yo á repasar la partitura. No vaya á llegar el maestro y...
SER. (A la Condesa.) Si sales, te acompañaré.
COND. Bueno.

- SER. Voy á limpiarme un poco. Adiós, Angelita.
(Vase por la izquierda, segunda puerta.)
- ANG. Adiós, adiós. Condesa, Valentina... con el permiso de ustedes. (Vase por el foro.)

ESCENA II

LA CONDESA. VALENTINA

- COND. (Después de una breve pausa.) Ahora que estamos solas, tengo que hablarte.
- VAL. ¿A solas?
- COND. A solas. Siéntate. (Toman asiento á la izquierda.)
- VAL. Cosa debe ser de grandísima importancia...
- COND. ¡Figúrate! Y que te importa directamente.
- VAL. ¿A mí?
- COND. A ti. Porque supongo que no debe serte indiferente cuanto con tu porvenir se relacione.
- VAL. ¿Y á qué sale ahora á plaza mi porvenir?
- COND. Vamos á ver, Valentina, la verdad, ¿no has pensado nunca en casarte? Y perdona el escopetazo.
- VAL. He pensado, no tanto en el hecho como en la posibilidad de que ocurriera. ¡Pero no te preocupes por ello! Ya ves, yo misma dudo que pueda llegar á casarme jamás.
- COND. ¿Por qué, Valentina?
- VAL. Porque estoy, por desgracia ó por fortuna, muy lejos de ser eso que las gentes llaman un partido.
- COND. Yo crea lo contrario.
- VAL. ¡Bonita dote llevaría yo al hogar de mi esposo! Una niña huraña y caprichosa y un viejo maniático, tan sobrado de alifafes y de achaques, como escaso de recursos. No, no...
- COND. Pues qué, acaso tu belleza y tu bondad no son la mejor dote?... No. No te ruborices, porque no digo sino lo que es verdad. ¡Tu carácter huraño! Dí más bien tus naturales dotes de mujer hacendosa y buena, que procura encerrarse en su hogar, huyendo del bullicio del mundo para labrar la ventura de

los que le son queridos. ¡Tus caprichos! ¿Llamas caprichos al decidido empeño de seguir recto y seguro el camino del deber, contra todos y á pesar de todos? Si todos tus defectos son así, confiesa que el más exigente de los hombres podría darse por satisfecho con una mujer llena de defectos... como los tuyos.

VAL. Tu cariño te hace exagerar.

COND. ¿Exageraciones, eh? ¿Y si yo te dijera que hay un hombre notable, bueno y digno de ti, un hombre que te ama y que sería feliz compartiendo contigo su fortuna, que es considerable, y su nombre, que es glorioso?...

VAL. Pues bien...; nó lo creería, aunque me lo dijeras.

COND. Y, sin embargo, es verdad. El coronel Eguía...

VAL. ¿El coronel? (Con sorpresa dolorosa.)

COND. No dirás que no es un hombre en quien están personificados el valor y la bondad. ¿Qué dices ahora?

VAL. Digo . ¡que no me casaré nunca con un hombre sin amarle!

COND. ¿Es decir, que no le amas?

VAL. Reconozco que don Julián es el ideal de la virtud, del honor y del valor...

COND. ¿Y qué?

VAL. Que siento por él un gran respeto, y que no me siento capaz de hacerle todo lo feliz que él se merece.

COND. Pero, ¿has reflexionado bien lo que dices, Valentina?

VAL. Mi respuesta te demostrará que, antes de darla, he reflexionado mucho.

COND. Y, sin embargo...

VAL. ¿Qué?

COND. ¿No te preguntaste alguna vez si ese hombre era digno de ser amado?

VAL. He hecho más. ¡Me he preguntado si le amaba!

COND. ¿Qué quieres decir con eso?

VAL. Que sentía en su presencia un sentimiento tan inexplicable y tan nuevo, que he querido averiguar si esto era cariño ó temor.

COND. ¿Y era terror?

VAL. Veneración más bien, respeto profundo...

COND. ¿Te da miedo su austeridad?

VAL. Al contrario, me atrae, y daría con gusto la vida por un hombre así.

COND. Pues no comprendo cómo con tales sentimientos llegas á esa conclusión tan desconsoladora. Porque si yo — á pesar de ser tan loca—estuviese segura de que podía consolar á un hombre como él, sería capaz de sacrificarle mi viudez y entregarle mi mano. Pero el coronel necesita una compañera más seria, y te amaría seguramente. Lo juraría... sin miedo á equivocarme.

VAL. (Sorprendida.) ¿Te ha dicho que me ama?

COND. No, pero lo he adivinado, y para ello no se necesita sino tener ojos en la cara. Desde la noche famosa del baile en que te vió por primera vez, el coronel te ama, y te ama con todas sus potencias, con todos sus sentidos. Antes vivía como un hurón, sin salir de su casa, retraído en su madriguera. Desde aquel día es otro hombre. Volvió á la vida y al mundo, porque sabía que en la vida y el mundo te encontraría. Abandonó su severísima y voluntaria reclusión para verte, para amarte en silencio. Tú no podías buscarle á él, y él salió en tu busca. ¿Qué más? Hombre instruído y versado en las ciencias, se dedicó á la Historia, se hizo erudito y anticuario... y hoy es el mejor amigo de tu padre. Le da por el naípe, alimenta su manía, charlan de trastos viejos y de medallas antiguas, y ni tu padre ni tú, cándido el uno é inocente la otra, habéis adivinado que el verdadero empeño del coronel era estar cerca de ti, á tu lado el mayor tiempo posible... Y esto porque te ama. Claro se ve en su actitud, en el cambio que en él se ha operado, en sus miradas, en su voz. ¿Qué necesidad tenía él de decirme nada para que yo lo adivinase todo?...

VAL. Por Dios, Eugenia... (Estrechándole las manos.) ¡Calla!

- COND. Bueno, callaré. ¿Pero y si no calla él?
VAL. Pues bien; (Levantadose.) si él no calla, si por casualidad algún día te habla de mí, dile ¡que no me casaré jamás!
- COND. ¡Qué locura!
VAL. ¡Nunca!
- COND. ¿Por qué, Valentina? ¿Amas á alguno? (Pausa.) ¡Ah! ¿Por qué no lo has dicho?
VAL. Porque ni yo lo sabía .. hasta ahora; hasta ahora, que de otro hombre me has hablado...
COND. ¡Pobre coronel!
VAL. Y si yo me sacrificara, amando á otro, ¿te compadecerías de él .. ó de mí?
- COND. Vamos á ver. ¿Quién es ese rival que le ha salido? Dime su nombre. ¿Le conozco yo? Apostaría cualquier cosa á que lo adivinara...
VAL. ¡No lo digas!
COND. Vamos á ver, busquemos .. (Pausa breve.) ¿Es el Marqués? (Valentina se arroja en sus brazos sollozando.) ¡Pobre niña!
- VAL. ¿Y tengo yo la culpa si no puedo oír su nombre sin que acá dentro sienta una oleada de sollozos que sube hasta mi garganta que quiere ahogarme?...
- COND. (¡Siempre el Marqués en su camino, siempre ese hombre estorbando su felicidad!) Pero, ¿lloras?
VAL. No... no es nada; no temas. ¡Si lo necesitaba! ¡Me han hecho tanto bien estas lágrimas!
- COND. Vamos, vamos, hay que distraerte, que despejar esta cabecita...
VAL. Si ya pasó. ¿Ves? Ya no lloro...
COND. Vamos á vestirnos y bajaremos á los jardines .. No seas tonta, Valentina.
VAL. Vamos. ¿Pero no le dirás á nadie mi secreto?
COND. ¡Luego es un secreto!
VAL. Nada me ha dicho él. Ya ves...
COND. ¿Y tú?
VAL. Tú has sorprendido lo que solo sabíamos hasta ahora Dios y yo.
COND. Bueno, bueno. Vamos á vestirnos. Pero no llores, mujer. No te entristezca eso...

VAL. No... Si no es tristeza...
COND. Vamos, anda. (Entran en la izquierda, primera puerta.)

ESCENA III

EL CORONEL, UN MOZO

COR. (Al fondo, en traje de viaje.) Me convendría una de estas habitaciones con vistas á los jardines

MOZO Imposible, señor. Todas están ocupadas desde el principio del verano. Más aun: la misma señora condesa del Pedrayo ha tenido, bien á su pesar y contra sus deseos, que alojarse en estas habitaciones. (Por las de la izquierda.)

COR. ¿La Condesa vive aquí?

MOZO Sí, señor; y no quedan disponibles sino una salita y un gabinete, que dan á esa otra calle. Son también muy hermosas, y seguramente no perderá usted en el cambio.

COR. Vamos, vamos á verlas. Luego volveré á saludar á la Condesa. (Fué, sin duda, el corazón quien guió mis pasos hasta aquí.) (Salen por el foro.)

ESCENA IV

ALBERTO, solo

(Sale en traje de casa, del foro derecha.) Hace un momento me pareció escuchar la voz de Valentina. No, pues no está. Ilusión de mis sentidos fué, sin duda, porque la amo tanto, que la veo y la oigo y la siento en todas partes... cuando estoy á su lado y cuando estoy ausente de ella; pero, no... ausente no. Porque si no su persona, su imagen la tengo siempre ante mis ojos, y aquí en el alma la llevo grabada con tal fuerza, que nada ni nadie podrá arrancarla de aquí sino con la

vida... ¡Valentina! ¿Adivinará cuánto la amo? Seguramente no. ¿Qué soy yo para ella? Un amigo, un indiferente, uno más... ¡nadie! Y ella para mí, ¡oh! es mi esperanza, mi anhelo único, mi redención... Fuera de ella no encuentro aire, luz, ideas, espacio, ¡nada! Si ella supiera... ¿Y por qué no ha de saberlo? ¿Por qué no decirselo? ¡Ah, no! Se burlaría de mi amor y juzgaría insensatas mis ambiciones. ¿Qué podría yo ofrecerle? Un alma que se arrastró por el cieno y que ella no querrá redimir... Un corazón herido por los remordimientos, que ella no querrá curar... ¡Oh! Vale más que nunca lo sepa, nunca...

ESCENA V

ALBERTO SERAFIN y DON SANTIAGO. Estos dos últimos por la izquierda, segundo término

SER. Ya estamos.

ALB. ¿Conque de paseo?

SER. A dar una vueltecita á los jardines. Hoy corren las fuentes y Eugenia tiene grandes deseos de verlas. (Llamando á la primera puerta con unos golpecitos.) ¿Primita? ¡Chst! Eugenia...

COND. (Desde dentro.) Ahora, ahora salimos.

SANT. (A Alberto) Acabo de enriquecer mi colección con una joya. ¡Una moneda griega de Colofón! ¡Un tesoro!

ALB. ¿De oro?

SANT. No, de plata, con la cabeza laureada de Apolo Clarios y la lira en el reverso. ¡Un ejemplar único, al menos en España! Ahora me citaron para ver una estatua pompeyana... (Bajo.) Les doy esquinazo á estos y no vuelvo á casa sin ver la estatua. Pedirán por ella una barbaridad, de seguro.

ALB. Vaya, aquí sale la Condesa. (Salen Valentina y la Condesa en traje de paseo.)

ESCENA IV

DICHOS, la CONDESA y VALENTINA

- SER. (A la Condesa.) Hermosísima, hermosísima...
- COND. (Saludando á Alberto.) ¿Marqués?
- SER. Este haciendo la vida de anacoreta desde que le dió la manía de la pintura.
- SANT. Afición, muchacho, afición. Cada uno tiene las suyas...
- SER. Bueno. Afición ó manía. No hemos de reñir por palabra más ó menos.
- VAL. (A Alberto.) ¿Y cómo va ese retrato, Marqués?
- ALB. Metido en color nada más.
- SER. Pues no lo quieras ver aún.
- COND. (Acercándose al cuarto de Alberto, que continúa de par en par.) ¡Oh! ¡Soberbio!... (Mirando al interior.) Mira, Valentina...
- ALB. ¡Por Dios, Condesa!...
- SANT. (Mirando.) No está mal, no. Se conoce que ha estudiado usted mucho las cabezas de Van-Dyck.
- VAL. Le felicito á usted, Marqués.
- SANT. Buenas carnes...
- SER. ¡Buenas, buenas!
- ALB. (A Valentina) Si algo de bueno y de recomendable tiene ese retrato, al modelo se debe.
- SANT. ¡Bravo, maestro! (Estrechando lo mano de Alberto.)
- ALB. ¡Maestro! (sonriendo.)
- COND. Pues á trabajar, á trabajar; ya tengo yo deseos de verlo terminado.
- SER. Y colgaremos después á Valentina....
- VAL. (sonriendo.) ¿Dónde?
- SER. En tu tocador. (A la Condesa.)
- COND. Tú sí que estás tocado.
- SER. Por tí, prima, por tí.
- COND. Pues... límpiote, Serafín.
- SER. ¿Que me limpie?
- SANT. (A Alberto.) ¿No le distraen á usted las fuentes?
- ALB. Poco. Sin embargo, es probable que dentro

de un momento vaya á reunirme con ustedes.

COND. Pues hasta luego, Marqués.

ALB. Condesa, Valentina, don Santiago... (Despidiéndolos.)

SER. ¡Adiós... Piombo! (con énfasis.)

ALB. ¡Adiós... Piombino! (Riendo. Salen todos por el foro, menos Alberto.)

ESCENA VII

ALBERTO

¡Su retrato! Testigo mudo de mis amorosas ansias; compañero leal en mis horas de tribulación y de duda... Tú sostienes mi fe, tú me prestas resolución y valor... pero después, cuando la veo, cuando la oigo, cuando la tengo ante mí, vacila mi fe, el valor me abandona y las amorosas frases que tú me inspiras, mueren en mis labios... vuelve la duda á mi espíritu y corro á refugiarme en tí, buscando un bálsamo á estas heridas, un consuelo á estos dolores de mi corazón, en tí, en su retrato... ¡Su retrato! No. Más bien parodia vil é infame; que si es su belleza tormento invencible para un artista de genio, ¡cómo no lo ha de ser para mí, que lucho con la impotencia de mis pobres facultades! (Pausa breve.)

ESCENA VIII

ALBERTO y EL MOZO

Mozo ¿Señor Marqués?

ALB. ¿Qué hay?

Mozo El caballero que llegó anteayer, aquél que en la mesa se sienta al lado de vucencia...

ALB. ¿El periodista?...

Mozo Justo. Dice que le espera para bajar al Casino.

ALB. Discúlpame con él y dile que en este momento me es imposible de todo punto.

- MOZO Yo sí se lo digo. Pero ya sabe vucencia lo terco que es. Se pondría hecho una furia y no dará á torcer su brazo...
- ALB. Pues que lo tuerza, que lo tuerza. Quiero aprovechar el sol que queda para trabajar un poco todavía. Y si no... iré; iré yo mismo á ver si le convenzo...
- MOZO Eso será mejor.
- ALB. (Estas amistades de un día son á veces tan exigentes.) (Vanse por el foro. Pausa.)

ESCENA IX

EL CORONEL

(Por el foro.) Que la Condesa vive aquí me ha dicho ese criado. Llamaré (Dando unos golpe-citos en la puerta de la Condesa.) ¿No contestan? ¿Será otra puerta? No. Era esta la sala y dijo bien claro que ocupa las habitaciones que no dan á los jardines. Pues éstas son. ¿Acaso esta otra puerta? (Llama á la segunda.) Nada; tampoco. Sin duda ha salido. La tarde es hermosa... Pero ¿cuándo volverá? Porque, seguramente, con ella se habrá llevado á Valentina ¡Valentina! Por ella vengo aquí, arrastrado á mi pesar, por sus encantos. He querido convencerme de que ausente de su lado podía vivir y ser el mismo de siempre, pero todo en vano. He querido pensar en mis remordimientos... y ella se apoderaba de mi pensamiento; iba á rezar por la muerta, ¡y el recuerdo de la viva me estorbaba! (Mientras dice esto, va acercándose al cuarto del Marqués que continúa abierto.) Ni lágrimas, ni oraciones, ni... ¡¡Mercedes!! (Con espanto, mirando al interior del cuarto del Marqués.) ¿Qué es esto? Su retrato .. es ella... ¡mi Mercedes! ¿Quién está aquí?... ¿Quién puede ser?... Un hombre, sólo un hombre... ¡El! ¡El! ¡Miserable'... Pasear por todas partes su infamia y mi deshonra, ultrajando la

memoria de... ¡Oh!... ¡Marqués!... ¡¡Marqués!!
(Va á entrar en el cuarto cuando Alberto se presenta en la puerta del foro.)

ESCENA X

EL CORONEL y ALBERTO

- ALB. ¿Quién me llama?
COR. ¡El!
ALB. ¡El coronel! (Pausa.)
COR. (Conteniéndose.) Señor Marqués.. No es que allane una habitación que no es la mía. Si como un ladrón hubiera entrado aquí, no pronunciaría una palabra... Cuando llamé y he pronunciado ¡el nombre de usted que quisiera para siempre arrancar de mi memoria!, fuerza es que haya un poderoso motivo que me obligue á ello. Acabo de llegar, entro aquí, veo abierta esa puerta, veo que ahí dentro se atreve usted á conservar un objeto que sería para mí triste y piadoso recuerdo, ¡y que me pertenece!...
- ALB. (Interrumpiéndole con respetuosa frialdad.) No comprendo, coronel...
- COR. Ya sé que no es posible borrar el pasado y revivir á la que ha muerto, (Con tono brusco.) pero lo que no comprendo, es que su insensatez llegue al extremo de que de ese pasado se atreva usted á conservar un recuerdo, un objeto que vengo á reclamar en nombre de mi derecho y de mi voluntad... ¡Es mío! ¡yo lo quiero!
- ALB. (Friamente.) No tengo, coronel, cosa ninguna que á usted pertenezca, sino mi vida. ¿La quiere usted? Puede tomarla... ¡es suya!
- COR. ¿Y ese retrato? (Señalando al interior.)
ALB. ¿Ese retrato?... ¿Con qué derecho?...
COR. ¿Es decir que no es esa la copia exacta de aquélla... de quien no quiero pronunciar el nombre? (Con rabia.)
ALB. ¡Ah! (Comprendiendo de repente.) Pues bien, no;

no es el retrato de... (Transición.) Recuerde usted, coronel, que hay en el mundo una mujer que se le parece tanto, que hubo una noche que al verla, creímos usted y yo ser víctimas de una fascinación... Esa mujer...

COR. ¿Es Valentina?

ALB. Usted lo ha dicho. En este hotel vive, ese es su gabinete y el de su prima la Condesa. No creo que haya nada de extraño ni desusado en querer hacer su retrato...

COR. Es verdad... es verdad. (Con acento dolorido y como contemplando el retrato.) Más joven, pero no más hermosa... ¿Y tuvo usted delante á Valentina para hacerlo?

ALB. No; porque para ahorrarle sesiones y molestias he pedido á la Condesa, y conseguí, un retrato de Valentina para que de él me sirviese.

COR. ¿Y si yo entrase ahí, si hiciese pedazos ese retrato?...

ALB. Pruebe. (Colocándose ante la puerta, con energía.)

COR. ¡Oh! (con rabia.) Puede ser *ella*... y no debo tolerar...

ALB. Comprendo, coronel, que no fie usted gran cosa de mis juramentos. No importa. Yo le juro que ese retrato no es sino el de Valentina, el de Valentina, á quien amo con alma y vida... ¡Ya ve usted si pueden caber á un mismo tiempo y en un solo corazón dos amores, dos mujeres, dos recuerdos, dos imágenes iguales!... ¿Me creerá usted ahora?

COR. ¿Que usted la ama? (Con acento reconcentrado) Y ¿gella?

ALB. Me conozco demasiado para que pueda ufanarme de su amor. No sé si me ama. Temo saber que me odia.

COR. Mercedes... Valentina.. ¡Oh! Mi frente se abrasa. (Llevándose las manos a la cabeza y tambaleándose. Alberto quiere correr á sostenerle.) No... ¡déjeme usted! (Con horror) No es nada... De usted ¡ni la vida! (Con repugnancia.) ¡Que la ama! .. ¡El!... ¡El!... ¡Como á la otra!... Y yo... yo no puedo ahora pulverizarle entre mis brazos... ¡como antes!... ¡siendo el mis-

mo!... (Vacilando y como trastornado de desesperación.)

ALB.

Juro á usted...

COR.

(Exaltándose por grados.) No... ¡ni una palabra! (Loco de rabia y de dolor, llorando y riendo.) Ella le amará, de fijo. ¡Já, já, já! Y yo he de verlos juntos, unidos, enamorados... ¡como aquella noche!... ¡con ella!... ¡Oh!... (Va a abalanzarse á él; pero de pronto vacila y cae como herido de un rayo, riendo nerviosamente y agitándose en una convulsión.)

ALB.

(Recogiéndole en sus brazos.) Coronel... No contesta... ¡Socorro!...

ESCENA XI

DICHOS, ANGELA, el MOZO, por el foro.

ANG.

(Reconociéndolo.) ¡El coronel!

MOZO

¿Señor Marqués?...

ALB.

¡Ahí mismo, en mi lecho... Un desvanecimiento ligero seguramente... (Quiriendo entrarlo en su cuarto ayudado por Angela.)

ANG.

(Con amor.) No... no... yo sola .. yo... en mis brazos.

MOZO

Pero señorita...

ANG.

Vete. Ya llamaré si hiciera falta. (El Mozo se inclina y sale.)

ALB.

Pero Angela...

ANG.

No... si no es preciso... Gracias, Dios mío. (Entra en el cuarto del Marqués con el Coronel en brazos.)

ESCENA XII

ALBERTO solo.

¡Qué comedia la de esta vida miserable! Ese hombre es un héroe y un mártir. Yo le respeto y le hubiese amado. Dos seres que pueden aproximarse, una mujer que se interpone y ya la amistad es aborrecimiento y

odio á muerte es el cariño. ¡Ah! Mercedes inmolada á nuestra locura. Ella era la pasión, era la falta, era el crimen... Tú... tú, Valentina, eres el amor profundo, el verdadero, el que consuela; la ternura, el deber, el encanto, la dicha... Y todo esto lo serás para otro tal vez... para otro, ¿para quién?

ESCENA XIII

ALBERTO, ANGELA

ANG. (saliendo llorosa del cuarto del Marqués.) ¡Alberto!

ALB. ¿Qué tal?

ANG. Todo fué un síncope ligero.. Ya ha vuelto en sí, pero no acierta aun á coordinar sus ideas del todo; divaga un poco, pero se empeña á todo trance en levantarse. Dice que ni un solo momento más quiere permanecer en ese cuarto..

ALB. Pero ¿ese hombre?

ANG. Y una imprudencia acaso pudiera costarle la vida.

ALB. ¡Oh! Voy allá. (Entra en su cuarto.)

ESCENA XIV

ANGELA

¡Dios mío, Dios mío! (Rompiendo en llanto.)
¿Por qué me haces expiar mi culpa de tan horrible manera? Fui muy culpable, muy criminal; pero ¿no he agotado ya hasta el fondo el cáliz de mi castigo? Tres años de expiación ¿no son bastante? Tres años encañada mi vida á la de Rafael, ¡oh! es el infierno peor de los infiernos... Y ahora, cuando al lado de ese hombre me pude creer por un momento dignificada y pura, le ví abrir los ojos, reconocirme en medio de su inco-

herencia, y al conocerme tendió su brazo y me indicó la puerta... ¡Arrojada de su lado y por él! ¿Si sospechará algo? ¡Rafaell (viéndole entrar por el foro.)

ESCENA XV

ANGELA, RAFAEL

RAF. En tu busca vengo.

ANG. ¡En mi busca!

RAF. Eso dije.

ANG. ¿Para qué?

RAF. Los jardines rebosan de gente... y me parecen desiertos, sin embargo. Y es porque tú no estás allí, porque me falta tu presencia, que es lo único que alegra mi alma, ya lo sabes.

ANG. Mal escogiste el momento.

RAF. No sé si lo mal escogido será el momento. No sé tampoco si me habré equivocado al elegir la mujer que debe llevar á mi alma los consuelos de mi ternura... Lo que sé es que me fastidio sin tí.

ANG. Pues aquí me tienes; quedémonos, y si es verdad que me amas, mi sola presencia hará que desaparezcan las negruras de tu alma.

RAF. ¿Quedarnos aquí? No, no. Yo necesito aire, luz, espacio; necesito aturdirme en el ruido, confundirme en el vaivén de las gentes, aturdirme en la ola humana.

ANG. Pues dí de una vez que lo que quieres es que yo te alegre, que te mime, que cure tu *spleen*, que satisfaga tus caprichos. Más claro y de una vez, que quieres pasearme como un trofeo ante tus amigos... ¡Parece mentira que no hayas podido conocerme aún! (con altivez.)

RAF. ¡Angela! (Contrariado.)

ANG. (Con aplomo.) Esa es la puerta. (Señalando la del foro.) Y como ni yo puedo darte esa alegría que deseas, ni yo puedo sentirme á tu lado satisfecha y tranquila como otras veces,—y

hoy menos que nunca, bien has podido evitarte la molestia de cruzar esos umbrales.

RAF.

¿Me arrojas?

ANG.

No. Digo... que me quedo.

RAF.

¡Angela!

ANG.

¿Rafael?

RAF.

Hablemos claros y de una vez. ¿Es que quieres ponerme á prueba ó llevarme hasta lo último?

ANG.

Ni lo uno ni lo otro. Es... que no deseo salir hoy, ya lo dije.

RAF.

(Agarrándola de un brazo y trayéndola al proscenio.)

¿No has dicho cien veces que tu vida estaba unida á la mía?

ANG.

Unida, no. Encadenada.

RAF.

Pues si ello es así, fuerza es que para no obedecerme te retenga aquí una fuerza superior.

ANG.

Tal vez...

RAF.

¿Ahí? (Señalando el cuarto del Marqués.)

ANG.

¡Ahí! (Con sublime energía.)

RAF.

Esa es la habitación del Marqués.

ANG.

¡Donoso descubrimiento! Lo sabe todo el mundo...

RAF.

¿De modo que?... (Amenazador.)

ANG.

He dicho que ahí dentro está lo que aquí me retiene, y no he mentado. Si en algo estimas tu vida, ¡vete, Rafael!

RAF.

¿Me amenazas con el Marqués? ¿A mí?

ANG.

¿Qué culpa tengo yo de que no puedas comprenderme? (Con desdén.)

RAF.

Esto es demasiado...

ANG.

Tienes razón. ¡Alguna vez había de dártela!

RAF.

Angela... Mira que somos de la misma raza, que tenemos los mismos instintos y el mismo secreto...

ANG.

Pues si ello es así...

RAF.

Y cuando yo digo quiero...

ANG.

Yo digo que no... Y ahora anda, hiere, maltrata, golpea... ¿No crees que soy tu esclava? Pues el amo puede abofetear, puede humillar, puede herir, puede dar la muerte... ¡La muerte es la redención! Ella me libraría de tí, ¡y no deseo otra cosa!

- RAF. ¡Eres una infame!
- ANG. Y si yo te arrancase la máscara que te cubre, ¡qué serías tú! ¿Cuál de los dos podría decir... eso?
- RAF. ¡Oh! Mi paciencia se agota. (Agarrándola con rabia.)
- ANG. Aparta... ¡Me haces daño!
- RAF. Vendrás... ¡Yo te alejaré de aquí para siempre!
- ANG. ¿Muerta? (Con orgullo.)
- RAF. ¡Arrastrada! (Forcejeando.)
- ANG. ¡Jamás!
- RAF. ¡Miserable!
- ANG. (Luchando.) ¡A mí! (Gritando. Alberto aparece en la puerta de su habitación. Rafael suelta á Angela.)

ESCENA XVI

DICHOS. ALBERTO.

- ALB. ¿Qué voces son esas?
- ANG. ¡Alberto! (Corriendo a él.)
- RAF. ¡Y le llamas! (Con rabia.)
- ALB. (Con aplomo) ¿Pues qué tiene mi nombre para que no pueda ser pronunciado? Me conoce y me llama. Si no me hubiera llamado, yo la ampararía lo mismo de usted, contra mi pecho ¡así! (Amparándola en sus brazos.)
- ANG. ¡Oh! Gracias, gracias...
- RAF. ¿Con qué derecho?
- ALB. ¿Derecho? El que tengo yo, el que tiene usted, el que tenemos todos los hombres, el primero que llegue, para proteger á una mujer que recibe un ultraje.
- RAF. ¿Un ultraje?
- ALB. Eso he dicho. Y no he dicho más porque entonces tendría que calificar la acción de usted de ultraje y cobardía.
- RAF. Si esa mujer fué su amante...
- ALB. ¡Miserable!... Antes de serlo y después de serlo, si lo fué, fué una mujer, es una mujer y á una mujer hay aquí dentro algo (Por el corazón) que nos manda respetarla siempre y

protegerla siempre, y tanto más, cuanto más caída se la encuentra.

RAF. (Friamente.) No tolero á nadie que me dé lecciones diciéndome como debo conducirme.

ALB. (Lo mismo.) Es que nadie que de caballero y de honrado se precie, le daría á usted lecciones para aconsejarle que hiciese... lo que de hacer acaba.

RAF. ¿Me insulta usted?

ALB. No. Le hago justicia. Ya ve usted si le conozco.

RAF. ¡Oh! (Buscando su cartera.)

ALB. Puede usted ahorraræe el buscar tarjeta ninguna. Nos conocemos perfectamente.

RAF. Mejor para usted entonces si sabe quién va á ser su adversario.

ALB. ¡Oh! Eso no se sabe más que á última hora..

ANG. (Con horror.) ¡Un duelo!

ALB. (A Angela.) ¿Y qué?

RAF. (A Alberto.) Antes de una hora recibirá usted la visita de dos amigos míos

A. L. Los aguardo. (Ráf. se sale por el foro.)

ESCENA XVII

ANGELA, ALBERTO, el CORONEL.

ANG. ¡Alberto!... ¡Por Dios!

ALB. Y usted, Angela, ¿quiere que la acompañe á sus habitaciones?

ANG. No, no. Cuide usted del coronel. No le doy gracias por lo que ha hecho. Sólo le diré (Con ternura.) que en ese rasgo he vuelto á reconocerle, Marqués.

ALB. ¿Podía hacer otra cosa?

ANG. Evite usted, por Dios, ese duelo.

ALB. ¡Imposible!

ANG. ¿Y si usted muriese?

ALB. Puede ser. Pero de uno ó de otro modo, no hay voluntad humana que pueda obligarme á torcer mi camino.

ANG. ¡Oh! ¿Pero usted no ve que ese hombre ha hecho un oficio de la esgrima?

- ALB. Lo ignoraba, y le reconozco esa ventaja.
ANG. ¿De modo que es imposible evitarlo?
ALB. De todo punto.
ANG. ¡Pues bien, sea, Marqués. No puedo evitarlo, no importa. Si yo fuese devota le diría:— Yo rezaré por usted. Pero, ¿quién sabe? ¡Quizá haga más todavía! (Con arrebató.)
ALB. Angela, no se ácuere de usted de esto para nada. (Con sencillez y dulzura.)
ANG. ¡El coronel! (Viéndole salir de la habitación del Marqués, arrastrándose penosamente.)
ALB. Hasta después. (A Angela.) Señor coronel...
COR. Ya... ya me siento bien... Mejor, mucho mejor... Gracias... Voy á mi cuarto...
ALB. Si quiere usted que le acompañe .
COR. Que no, he dicho (Con energía. Alberto se inclina y entra en su habitación.)

ESCENA ÚLTIMA

ANGELA, el CORONEL.

- ANG. (Acercándose al coronel con interés.) ¿Ya del todo bueno?
COR. (Con voz débil.) Sí... Un desvanecimiento momentáneo... el calor... no sé... ¡Nada!
ANG. ¿Y va usted á encerrarse?...
COR. En mi cuarto.
ANG. Sin embargo, un poco de aire puro...
COR. Me haría gran bien, es verdad.
ANG. Aquí... junto á los balcones, frente á los jardines... El sol se va escondiendo y la brisa de la tarde llega fresca y reparadora..
COR. Sí... sí... (Queriendo arrastrar una silla.)
ANG. No, nada de molestias. Yo, yo... (Colocándole la silla frente al balcón del primer término.)
COR. Gracias, gracias, Angela... Eres un ángel. (Sentándose penosamente.)
ANG. ¡Por Dios, coronel! (Con amargura.)
COR. (Fijándose en su semblante.) Pero... parece que has llorado...
ANG. No... si no es nada. (Pausa breve.)
COR. ¡Qué triste esta soledad!

- ANG. ¿Solo dice usted, coronel?
- COR. Hablo... del alma.
- ANG. Sí que es muy triste. Y esa misma tristeza siento yo aquí también. (Por el corazón.)
- COR. Pero usted no está sola, Angela. Usted es amada...
- ANG. Tan sola... que por no tener á quien abrir mi alma, necesito mostrársela á usted, tal como ella es, sin disfraz y sin engaño, para que así pueda verse en toda su desnudez horrible.
- COR. Angela... (sin comprender.)
- ANG. ¡Oh! Usted sabe á lo que puede conducir una pasión terrible y un amor despreciado... Sí, sí que lo sabe usted, coronel, puesto que ha matado por ello á una mujer. La ley lo autorizaba. Pero el amor tiene también sus leyes y sus furores. ¿Me hieres? ¡Me vengo! Una mujer que ha creído ser amada para siempre, y que, desprestigiada y caída, espera encontrar un hombre honrado que la rehabilite á sus propios ojos y á los de los demás, borrando su pasado y haciendo la felicidad de toda su vida, ¿no tiene derecho también á luchar, á defenderse el día en que vuelva á ser lanzada en el fango, otra vez abandonada, condenada otra vez á aquella vida de oprobio y de vergüenza que ya creía muerta para siempre? ¡Oh! Se vuelve una loca, y ya no sabe distinguir lo justo de lo injusto. No ve sino su abandono y su caída, que hay una traición, una persona á quien herir, y se castiga y se hiere... Se hiere á la casualidad, sin ver dónde ni cómo, á ciegas, ¡no importa! Se sigue el primer impulso, después... ¡después se ve claro! Se ha cometido un crimen. ¡Un crimen!... Estoy contando mi historia, coronel. Se hace confesión ante un sacerdote para recibir la absolución. ¡Yo me confieso aquí para recibir mi castigo!
- COR. ¡Su castigo!... ¿Qué quiere decir esto? (Admirado.)
- ANG. Quiere decir, que soy una miserable y me

mata el secreto de una acción vil, infame, repugnante...; que quiero morir á sus manos, á sus pies, aquí mismo; morir, pero morir castigada. (Pausa breve.) Un día causó la muerte de una mujer una carta anónima, indigna... No fui yo quien la escribió, pero sí quien consintió que se escribiese.

COR. ¿La carta? ¿La carta? (Con voz terrible.) ¿Una que yo recibí?

ANG. Sí. De esa carta hablo.

COR. ¡Oh! (Crispando los puños)

ANG. Al enviar á usted esa carta, le he dado derecho de vida y muerte sobre mí. Pero hay otra persona que debe sufrir algún castigo, y precisamente para quitarle la máscara vengo ahora á hacer el sacrificio de mi vida.

COR. ¿Un hombre, acaso?

ANG. (Transición.) Yo amaba al Marqués. Y porque le amaba y por vengarme de sus desdenes, herí á dos inocentes. A usted... ¡y á ella! Yo estaba loca de celos, y era capaz de ir hasta el crimen. Si hubiera estado sola, hubiera quizá sucumbido á mi desesperación y á mi llanto. Pero era preciso que un hombre estuviera allí, á mi lado, para inspirarme el pensamiento más indigno... ¡Oh! No merezco compasión, no merezco ser perdonada, ¡ni lo pido!, pues para vencer sus escrúpulos, me entregué á él, porque sin él no podía nada. Hubo un consejero, un miserable que, viéndome desesperada y dispuesta á todo y ansiando vengarme del que me abandonara por otra, me indicó el medio de herirle. Yo quería castigar al Marqués. El otro se vengaba también á su vez, pero yo no lo sabía, no lo conocía tan infame como es; nunca creí que tan rastreras pasiones pudieran cobijarse ni aun en el pecho del último de los hombres, de Rafael, que matará mañana al Marqués, ¡al Marqués, que contra él me ha defendido!

COR. ¿Rafael has dicho?

ANG. Él convirtió mi cólera en infamia, mi dolor en crimen.

- COR. Habla, habla. Quiero saberlo todo, ¡pero todo!
- ANG. Aquella, cuyo nombre no diré, ¡aquella mártir!...
- COR. (¡Mercedes! ¡Mercedes!) (Escondiendo la cabeza entre sus manos.)
- ANG. Rafael la había visto y se atrevió á hablarle de amor. Rechazado por ella, surgió en su pecho el odio, ese odio que no perdona. Parece que al mismo tiempo gustaba de mí. Yo le odiaba ya. No sé qué voz secreta me decía la influencia que ese hombre había de ejercer en mi vida. Superstición, debilidad... no lo sé. Me amaba, y yo reía porque amaba á él, á él, que iba á abandonarme tan pronto. Rafael esperaba, y al fin logró hacerse dueño de mi cariño al ofrecerme la venganza. El abandono del Marqués me hirió en mitad del corazón, me volvió loca de amor y de rabia... Y ese miserable, que acechaba la ocasión, me hizo sonreír de un modo loco, con alegría cruel... Aún creo oír aquella risa nerviosa, aquellas carcajadas infernales... Un anónimo. ¡Qué sencillo! El secreto de la esposa descubierto al esposo, ¡qué seguro... y qué infame! Rafael sabía, no sé cómo, que estaba usted ausente de Madrid. Me sugirió la idea, yo inspiré la carta, él la hizo escribir y yo, yo misma, la mandé á su destino.
- COR. ¡Ah, miserables! ¡Y lo descubres ahora! (Pugnando por levantarse del sillón, con ademán amenazador.)
- ANG. Mañana se batan tal vez Rafael y el Marqués, y el Marqués es hombre muerto si antes no cae Rafael en poder de la justicia.
- COR. ¡Ah! ¡Ya comprendo! Le amas aún, amas al Marqués y no quieres verle muerto. Yo sí; á él, á ti, á los dos, ¡á todos, a todos!
- ANG. No, no amo al Marqués. Si es verdad que le he amado, hoy... le respeto. Me tendió su mano al verme humillada, y su vida puede ser útil aún. No quiero que muera, y por eso denuncio a Rafael.
- COR. ¿Has concluído? (Levantándose.)

- ANG. Todo lo he confesado, coronel... todo, menos mis remordimientos y mis lágrimas, la vergüenza que siento de mí misma.
- COR. Las lágrimas no resucitan á los muertos.
(Con frialdad.)
- ANG. ¡Ah! Todo lo esperaba de usted. El odio, el ultraje, el castigo, la muerte... todo, menos su desprecio.
- COR. ¿Dónde vive Rafael?
- ANG. ¿Para entregarle á la justicia?
- COR. No. ¡Para matarle!
- ANG. ¡Provocarle á él! ¡Ah, qué desgraciada soy! En nombre de lo que más sagrado le sea, coronel, ¡no arrostre usted el peligro de morir á sus manos!
- COR. ¿Y qué?
- ANG. (Retorciéndose de desesperación.) ¡Jugar su vida contra la de él! No, no... Sería honrarle... No debe ser, no será. Yo le denunciaré, yo misma, porque yo puedo decir: «Detened á ese hombre. Ha armado una pistola para matar á una mujer. Yo, su cómplice, lo delato.»
- COR. Tú no harás eso. Su vida es mía, como la tuya. Es mía, y haré de ella lo que quiera.
- ANG. Pues bien, sea. Quise impedirlo... ¡no puedo! Pero mientras lata mi corazón, mientras haya en mis venas una gota de sangre, viviré, si usted muere, para vengar su muerte, su muerte, coronel, ¡y la de *ella*! Me conoce usted y me desprecia. ¡Es justo! Pero es la más horrible expiación que he imaginado en mi vida aventurera... Su recuerdo me atraía como el asesino se siente arrastrado al lugar del crimen. Me estremecía pensando en mi infamia; pero veneraba su recuerdo, coronel. Quizá no volvamos á vernos nunca. Pero antes he de decirle que mi castigo viviente es usted mismo; que ese odio me espanta, por ser suyo, y que su afecto sería mi única ambición... ¡No, si no deliro! Daría mi porvenir, mis recuerdos alegres ¡tan pocos y tan queridos!, mis esperanzas, mi salvación, mi vida, porque en lugar de mirarme así, con desprecio, me mirasen con piedad esos

ojos, que me ofuscan á pesar mío. Para mí habrá odio nada más en su corazón. El mío, coronel, pagará ese odio, y siempre, siempre, con gratitud, con amor... ¡Oh! (Llevándose las manos á la boca.) Terrible secreto, secreto repugnante que quise guardar siempre... ¡no pude, no quiso! No importa que usted desprecie el amor de una mujer indigna, de una aventurera ¡de una más! Dos hombres amé en el mundo. El Marqués..., aquello se desvaneció como un sueño, y usted, cuya imagen me atormenta como una pesadilla horrible y dulce á la par. Horrible, por mi crimen; hermosa, por mi amor... Amor, sí; yo no lo sabía, pero ahora sé que aquí dentro vive una pasión inmensa, tan inmensa como imposible... Me arrastro á sus pies ¡es poco! No, no agite la duda su cabeza, que yo estrecharía enajenada... Por la memoria de mi padre, juro que no entrará otro amor que el suyo, coronel, en este corazón, que ya está muerto y roto en mil pedazos... Morirá Rafael, morirá usted, ¡no lo sé! Habrá, además, otra muerta... ¡Yo!... ¡Adiós! (Con acento desgarrador, saliendo por el foro, gimiendo y arrastrándose. El Coronel, extendido el brazo, señala la puerta, apartando la vista de Angela con horror. Esta escena queda encomendada al talento de los actores.)

TELON.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Decoración de campo. La luz, más bien escasa que abundante, por desarrollarse la acción en las primeras horas de la mañana. Al levantarse el telón, la escena estará desierta. Poco después, salen por el foro derecha los personajes que intervienen en la primera escena. Antes se habrá escuchado dentro el ruido de un coche.

ESCENA PRIMERA

El CORONEL y SERAFIN, con dos espadas bajo el brazo. El DOCTOR, con el botiquín. Visten los tres de negro, sombrero de copa y levita

- SER. Coronel, ¿ha visto usted á Rafael alguna vez en una sala de armas?
- COR. Nunca.
- SER. ¡Diablo! Entonces no conoce usted su juego.
- COR. No.
- SER. En ese caso... no podemos tomar precauciones.
- COR. ¡Qué importa! No hay ningún golpe que no tenga parada.
- SER. Es verdad, pero no hay que tener mucha confianza, y conviene estar siempre en guardia. Yo sé que Rafael hace un juego muy rápido y una guardia muy baja, manejando la espada con gran viveza y como si fuera un dardo... así es que se está expuesto á ser

herido en las rodillas y neutraliza toda clase de defensa.

- COR. Pues si tiene ese sistema, resulta, en último término, que es peligroso para él.
- SER. Y para su adversario también.
- COR. ¿Qué hora es? (Con displicencia.)
- DOCTOR Siete minutos faltan todavía. (Consultando el reloj.)
- COR. ¡Qué fastidio!
- SER. (Al Doctor.) Estoy muy intranquilo.
- DOCTOR (Mirando al foro.) Otro coche se acerca.
- COR. Ellos serán. ¡Gracias á Dios!

ESCENA II

DICHOS: RAFAEL, CABALLERO 1.º y PADRINO 1.º, vestidos de negro, igualmente, y con un par de espadas uno de ellos. ANDRÉS (criado).

- CAB. 1.º ¡Señores! (Saludando al Doctor y á Serafin.)
- SER. (Dándoles la manó.) ¡Caballeros!
- DOCTOR Muy señores míos... (Idem. Rafael quédase foro derecha. El Coronel estará en la izquierda, primer término.)
- CAB. 1.º No se dirá que no hemos sido puntuales.
- SER. Exactitud matemática, de veras. (Pausa breve.) ¿Podemos examinar las espadas de ustedes?
- CAB. 1.º Es muy justo. (Desenvolviéndolas en la derecha, primer término.) Véalas usted.
- SER. Estas son las que nosotros hemos traído. (Lo mismo.) Un poco cortas. (Examinando las del adversario.) Hoja damasquinada hasta la mitad.
- CAB. 1.º (Como Serafin.) Las de ustedes son algo más largas.
- DOCTOR Así facilitan mejor la efusión de la sangre, y es más rápida la curación de las heridas.
- CAB. 1.º Nuestro apadrinado, sin embargo, como se trata de un duelo á muerte, prefiere las que nosotros hemos traído. Son más seguras y más rápidas.
- DOCTOR Pero aun sin morir, puede uno de los dos quedar fuera de combate...

- SER. ¿Les parece á ustedes bien que decida la suerte?
- CAB. 1.º Ya he dicho las instrucciones que tenemos de nuestro apadrinado. Sin embargo, nos ha dejado en completa libertad de acción, y, por nuestra parte, no tenemos inconveniente en que sea la suerte la que decida.
- SER. (Rasgando una hoja de su cartera.) Los nombres de los dos. (Escribiendo.) Ahora, señores, vean ustedes. (Enseñándoles los papeles y doblándolos.) Cojan ustedes uno. (Presentándolos en el hueco de la mano.)
- PADR. 1.º (Leyendo el papel que ha cogido.) «Eguía.»
- SER. Nuestras espadas, pues, serán las que se utilicen.
- RAF. ¿Andrés? (Sale éste. Rafael se quita el abrigo y se lo echa desde lejos. Al mismo tiempo, el Coronel se saca el suyo, y doblándolo cuidadosamente, lo coloca al pie de un árbol.)
- PADR. 1.º Las seis, señores. (Mirando el reloj. Rafael y el Coronel se sacan la levita y el chaleco.)
- CAB. 1.º (Al Doctor y Serafin.) Sería conveniente que estos señores se desabrochasen las camisas.
- SER. Es muy justo. (Rafael y el Coronel lo hacen así.)
- CAB. 1.º Permita usted... (Se acerca á Rafael y le ahueca un poco la camisa. Serafin hace lo mismo con el Coronel.)
- COR. ¿Qué es eso? (Aparte á Serafin.)
- SER. (El aire hincha la camisa y así es más difícil apreciar bien la distancia.) (Los dos rivales se colocan frente á frente. Rafael á la izquierda, el Coronel á la derecha. Serafin da á éste una espada y un guante. El Padrino 1.º hace lo mismo con Rafael.)
- PAD. 1.º Ya está.
- SER. (Se coloca en medio de los duelistas, coge la punta de ambas espadas, y extendiendo los brazos, hace reirceder á aquéllos hasta que dice con voz ahogada:) Vamos, caballeros. (Recoge su bastón, que ha dejado en el suelo, y se coloca detrás del Coronel con el Doctor. Los otros dos padrinos se colocan á dos pasos de Rafael.) ¡En guardia! (Da las tres palmadas. El Coronel, alta la cabeza y apoyando la mano en el corazón, permanece recto é inmóvil, imponente y severo. Rafael se hace un poco atrás, coloca la mano iz-

quiera en la cadera y muy extendido el brazo derecho. Rafael rompe la guardia, menudeando los golpes con rapidez vertiginosa. El Coronel para los golpes, inmóvil y firme, manejando apenas el brazo. Este se tira á fondo.)

CAB. 1.º ¡Diablo! (Rafael se habrá echado atrás rápidamente. La espada del Coronel le habrá llegado únicamente á la camisa.)

RAF. ¡Muy bueno... pero corto! (Sonriendo. El Coronel da un paso, acercándose á Rafael. Este retrocede otro paso. Siguen luchando así, el uno avanzando y retrocediendo el otro. El Coronel se tira á fondo. Rafael, sonriendo siempre, habrá echado atrás el pie izquierdo, y apoyándose en el suelo, se tira á fondo también. Pero en este momento mismo y á causa del rápido movimiento de Rafael, la espada del Coronel tropieza en su pecho, y Rafael cae á tierra, lanzando un rugido.)

PAD. 1.º ¡Rafael! (Lanzándose á él.)

DOCTO: ¡Muerto! (Examinándole.)

COR. O él ó yo. Era preciso.

PAD. 1.º Hay que llevarle al coche. ¡Andrés! (Aparece el criado.) Ni una palabra. Ayúdanos. (Cogen el cuerpo de Rafael y se lo llevan. Detrás de ellos, y lentamente, salen el Coronel, Serafin y el Doctor.)

SER. ¿Coronel?

COR ¿Qué es ello, Serafin?

SER. Esa mano. (Estrechándola.) Es usted un valiente. Pero vámonos pronto de aquí.

COR ¿Tiembra usted, Serafin? (Al estrecharle la mano.)

SER. No, no tiemblo. Es... ¡frío! (Vanse Mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Salón decorado con elegancia, pero de aspecto austero. Una mesa en el centro. Puerta al foro. A la derecha, dos balcones. Dos puertas á la izquierda. La primera conduce á una alcoba. Es de día.

ESCENA PRIMERA

EL CORONEL, SERAFIN y el DOCTOR, por el foro

- DOCTOR A estas horas, de fijo no se habla de otra cosa en la Granja.
- COR. Por eso he suplicado á ustedes que volviéramos á Madrid, huyendo del escándalo; que es triste cosa que no ha de poder uno castigar á un criminal, sin que el clamoreo llene los aires.
- SER. Además, que aquí en la corte, estamos más al abrigo de la justicia. Los jueces de Madrid, más acostumbrados á estos asuntos de honor...
- COR. Más que la justicia, me imponía el escándalo; lo juro á ustedes. (Voces dentro.) ¿Quién podrá ser?...
- SER. Alguien llega.

ESCENA II

DICHOS, LA CONDESA, VALENTINA y DON SANTIAGO

- COND. (Entrando precipitadamente por el foro. Los demás personajes la siguen, consternados y mudos.) ¡Coronel!
- COR. Señora Condesa... (Tendiéndole la mano con respeto y dignidad.)
- COND. Perdone usted mi oficiosidad. Me contaron en el Sitio lo del duelo, cuando éste había terminado ya. Pregunto por Serafin; me dicen que fué uno de sus padrinos... ¡qué horror! Pregunto por usted y me dicen que

había regresado inmediatamente á Madrid en un carruaje, despues de haber malherido á Rafael. .

COR. Malherido, no, señora. ¡Muerto!

VAL. ¡Qué horror!

COND. ¿Muerto? ¡Jesús! (Con espanto.)

COR. Serafin, que ha sido, en efecto, uno de mis padrinos, y que por cierto se ha portado admirablemente, podrá darle más detalles que yo, de seguro...

COND. ¡Oh! Este Serafin... (Con orgullo y alegría.)

SER. Pero, ¿á qué han venido ustedes?

SANT. ¿Podíamos abandonar á tan buenos amigos en un trance tan difícil?

COND. No hemos tenido tiempo sino á tomar el primer tren...

COR. ¡Gracias, gracias!... Pero el cumplimiento de un deber no creo que sea cosa que á nadie deba llamar la atención.

DOCTOR ¡Siempre tan impasible!

COR. Valentina... adiós. (Tendiéndole la mano.) Esta es acaso la última vez que hemos de vernos. Pero antes de separarnos para siempre...

COND. ¿Qué quiere decir esto? (Al Doctor y Serafin, que hablan bajo.)

COR. Valentina... En este mismo sitio en que usted está ahora, se ha cometido un crimen, y quiero que usted me perdone como si fuera *ella* misma.

VAL. (Con horror.) ¡Un crimen!

COR. Hubo un día en que un hombre, loco de celos y armado su brazo, mató á su mujer, culpable y adúltera. . ¡Ese hombre soy yo! (Con abatimiento.)

VAL. ¿Usted, coronel?

COND. Pero, ¿á qué viene eso ahora?

COR. Sí... La muerte tuvo lugar aquí y la muerta... era mi esposa. Mire usted ahí... y verá una mancha negra... eso es sangre! (Señalando el portier que da entrada á la alcoba.)

VAL. ¡Sangre! (Retrocediendo.)

DOCTOR Dejad esos recuerdos. (Interponiéndose inutilmente.)

COR. Arrancádmelos de aquí si podéis. (Por el co-

razón.) ¡No ha de alcanzar á tanto vuestra ciencia miserable! (A Valentina.) Yo entré por esa misma puerta (La del fondo.) y maté á la que adoraba con toda mi alma. La ley humana me daba derecho á hacerlo, y la otra ley, la del corazón, la de la piedad, del perdón y del amor, me lo prohibían.. Aquel día, maté mi felicidad, mi vida, mi ventura toda, y no fuí ya, bajo la apariencia de un hombre, sino un cadáver que se movía, acusado por los remordimientos. La justicia me dijo: «Tienes derecho á matar», y me absolvió; pero quien no me ha absuelto, ha sido mi conciencia, ha sido mi amor. Al herir á aquella mujer, me herí á mí mismo, destrozándome el corazón.

SER.
COR.

¿Habéis terminado, coronel?

No... ¡No se acaban tan pronto mis torturas! Y, sin embargo, (A Valentina.) he creído revivir, después de haberla matado, he creído amar después de haberla amado. La ví á usted, Valentina; la ví y la adoré. ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas, cuántos ensueños de amor! Y es que yo estaba loco... loco; ¿no había de estarlo? Cuando se ha matado, se debe morir. Para mí no puede existir ya la felicidad, aunque los hombres me absuelvan, porque mi corazón no me perdona y me hace expiar horriblemente mi crimen, ya que usted, usted la felicidad y la hermosura, va á ser para otro.

VAL.
COR.

¿Para quién? (sin comprender.)

Para él; para Alberto. ¿Sabe usted quién es Alberto? ¡Oh, qué suplicio! (Pasándose la mano por la frente.) El hombre á quien Mercedes recibía aquí, en este mismo cuarto.. ¡era él!

VAL.
COND.
COR.

¡Dios mío! (Atribulada y casi llorosa.)

Pero, coronel, eso ya es demasiado...

También quise matarle. Bien lo prueba la cicatriz que lleva en la frente. Quise matarle porque me había robado la felicidad... y, sin embargo, al batirme esta mañana, bien sabía yo que labraba la de él! (Con risa sardónica.) Yo le doy á usted á Alberto... Yo... yo

se lo doy, porque usted le ama, porque la ama él...

VAL. (Con alegría.) ¿Que me ama?

COR. Sí. Y si guardó su secreto para con usted, es porque tiene una herida como la mía; es porque entre usted y él se alza también la imagen de Mercedes.

DOCTOR Basta, coronel; la está usted martirizando. (Queriendo separarle del lado de Valentina.)

COR. ¿Y yo? ¿No me martirizo también? (A ella.) Es un hombre que sufre... como yo. Pero no tiene, como yo, las manos teñidas en sangre. ¡No ha matado á nadie! Puede amar y ser amado. Su vida no ha concluído, su felicidad no está enterrada como la mía. Si él calló, yo lo digo, Valentina; ¡él la ama, la adora! Y mi castigo mayor es decirle: «Yo encontraba en usted á Mercedes, y en usted revivía mi amor. Pues bien: no me ame usted á mí sino á él; á él, á quien yo quise matar, y que de sus manos reciba lo que á mí me ha robado: la felicidad.»

VAL. (Con los ojos arrasados en lagrimas.) Coronel... estoy segura de que la muerta le ha perdonado y que le amaba.

COR. Amarme... NO. (Agitando la cabeza con incredulidad.)

VAL. En el olvido puede usted encontrar el perdón... (Entra Alberto por el foro, deteniéndose á la puerta.)

DOCTOR ¿Quién llega?

COND. ¡Qué imprudencia! (Al ver al Marqués.)

ESCENA III

DICHOS, ALBERTO

COR. ¡Eh! (Conteniéndose á duras penas al verle.)

AIB. (Siempre á respetuosa distancia.) Coronel... A uña de caballo vengo á Madrid.

COR. (Con brusquedad, interrumpiéndole.) ¿Para darme?...

- ALB. Que no he de perdonarle jamás el haber sacado á un miserable de entre mis manos.
- COR. (Con frialdad.) Era mi deber... y lo he cumplido. La ofensa más grande, la mía; él, el miserable autor de un anónimo.
- ALB. ¡Eh! (Admirado, y como dándose cuenta de lo ocurrido.)
- COR. Ya ve usted, Marqués, si debía ser yo el primero...
- ALB. Es justo; pero... (Mirando alrededor y como temeroso de que don Julián continúe su relato.)
- VAL. (Con ingenuidad.) No... ¡si podéis hablar de ello sin reparo! Don Julián me ha dicho... (Transición. Con rubor.) No, no me atrevo á repetirlo.
- ALB. (A don Julián.) Iba á partir después de dar á usted las gracias, coronel. No quería pasar por esta salasino como un relámpago... y usted sabe el motivo. Pero las indicaciones de esta niña me dan bien claro á entender...
- VAL. ¿Qué? (Interrumpiéndole.)
- COR. ¿Qué quiere usted decir?
- COND. ¡Dios mío!
- SER. ¿Más todavía? (Todas estas exclamaciones, rapidísimas y casi simultáneas.)
- ALB. ...Que el Coronel (A Valentina.) ha descubierto á usted el secreto de mi vida. Pues bien, sí; yo debiera habérselo dicho á usted todo; pero temía perder su amor, si en apariencia, al menos, mi alma no llegaba á usted virgen y pura... Mi pasado ha sido trágico, es verdad; pero yo emplearía lo que de vida me quedase en expiar aquellas faltas. El coronel conocía el secreto que yo guardaba acá dentro, muy adentro; sabía tal vez que la amaba, Valentina, y ha querido separarnos... ¡Oh! ¡Ha sido una venganza más temible para mí que la muerte mismal
- COR. No, no es eso, Marqués. (Con mal reprimido orgullo.)
- VAL. No. El coronel me ha exigido, por el contrario, que salve á usted...
- ALB. ¿A mí? ¿A mí? (Con incredulidad)
- VAL. ¡Ah! Ya presentía yo que entre los dos ha-

bía un secreto terrible, que yo era dueña del destino de los dos. Pero siendo una misma la deuda, ¿á cuál de los dos debía curar? Muchas veces me pregunté lo mismo, y nunca, nunca he encontrado un hombre más noble ni que tenga el alma más grande que el coronel.

ALB. ¿Luego es él el amado? (Con amargura.) Es muy justo, Valentina. Sálvele usted y devuélvale la alegría que yo le asesiné... (Lievándose las manos á la cabeza.) ¡Ah! ¡Qué día, Dios mío! ¡Qué fiebre! El... se batía con Rafael ¡y sin saberlo yo salvaba así mi propia vida para hundirla después en la desesperación y en el martirio. ¡Qué hombre es este... y qué soy yo ante él! (A Valentina.) ¡Usted le ama! ¿Le ha dicho á usted que la amaba? Pues bien...

VAL. (Interrumpiéndole.) El coronel me ha dicho, únicamente, que si había una persona en el mundo que mereciese mi amor, ese hombre era... (Se detiene ruborizada.)

ALB. (Con ansiedad indescriptible.) ¿Quién?...

VAL. ¡Mi Alberto! (Con pasión. Alberto hace ademán de abrazarla, pero Valentina extiende el brazo señalando al Coronel.)

ALB. ¡Oh!

VAL. No... ¡El, primero!

COR. (Retrocediendo asombrado.) ¿Yo?

VAL. (Con sumisa humildad.) Lo pido yo, coronel.

(Casi suplicante.) Yo le venero á usted... á él le amo. Renuncie usted á mi veneración....

COR. (Interrumpiéndola, con vehemencia.) ¡Jamás!

VAL. ¿O quiere usted que renuncie á su cariño? (Por Alberto. Pausa breve.) La fatalidad, la pasión que ciega, les ha apartado á ustedes brutalmente. Su generosidad y mi amor, ¿no bastarán á unirles?

COR. ¡Oh! (Alberto se dirige al Coronel con los brazos abiertos. Don Julián permanece impassible y frío. Alberto deja caer los brazos á lo largo de su cuerpo, lentamente; pero el Coronel, al observar fija en su rostro la mirada de Valentina, tiende su mano con mal disimulado encono á Alberto, que la recoge estrechándola con afán.)

- ALB. Gracias, gracias... (Al Coronel. La Condesa, Serafin y el Doctor forman un grupo aparte y hablan bajo siguiendo y comentando el diálogo, de suerte que, sin interrumpirlo, adivine el espectador el efecto que les produce.)
- COR. Y ahora ¡adiós! Vosotros... á la vida... Yo... ahí... (Señalando la alcoba con evidentes señales de extravío.) á pensar en ella, á evocar su recuerdo... Vosotros al amor, yo al sufrimiento... Adiós... Necesito estar solo... ¡Solo! ¡más solo aún, Dios mío! (Con desgarradora desesperación.)
- DOCTOR (Procurando consolarle.) Coronel...
- COR. (Interrumpiéndole bruscamente.) Que me dejéis he dicho. Adiós.
- SER. (Aparte á la Condesa.) ¡Pobre coronel!
- COND. (Idem á Serafin.) ¡Qué triste debe ser vivir así! (Dirigense al fondo hablando en voz baja.)
- SER. (¡Sin un alma que nos comprenda y que nos ame!)
- COND. (Sabes que no quiero que vuelvas á meterte en duelos ni en libros de caballerías.)
- SER. (¿Y quién eres tú para impedírmelo?)
- COND. (Tu prima hoy... tu esposa mañana.) (Salen juntos del brazo por el foro. Detrás de ellos Alberto y Valentina, hablando amorosamente, y por último, don Santiago y el Doctor. El Coronel queda en el proscenio derecha, viéndoles marchar y oprimiendo la cabeza entre las manos.)
- SANT. (Al Doctor, señalando á Alberto y Valentina.) ¿Verdad, Doctor, que hacen una linda pareja? (Salen por el foro. Pausa breve.)

ESCENA IV

EL CORONEL solo.

(Este monólogo queda encomendado muy especialmente al talento del actor.) ¡Y ahora!... Otra vez enterrado aquí, en esta casa desierta, fría y triste como una tumba... ¡la tumba de mi amor y de mi dicha! (Mirando á la puerta del fondo y como dirigiéndose á Valentina.) Rayo de sol

que alumbraste un momento las negruras de mi vida, ¡cuán pronto y cuán aprisa te alejas de mi lado! ¡Oh! Tienes miedo... ¡miedo de alumbrar este corazón destrozado y desierto! Y yo, ¡yo que soñaba con el amor, con la ventura! No, los condenados no tienen sino su martirio... ¡un martirio horrible, lento, cruel, eterno!... ¡Como el mío! (Pausa.) ¡Mercedes y yo! ¡Yo vivir para su recuerdo, y su recuerdo aquí para atormentarme! (Tendiendo la mirada á su alrededor.) Vuelvo á pisar estas habitaciones, en que no entré jamás desde aquella noche horrible... (Como reproduciendo la escena, pero con la mayor inmovilidad.) Ella allí.. el Marqués delante... yo aquí... la carta maldita en mis manos... ¡aquella carta! Y hoy... hoy todo ha concluído... ¡todo, menos yo!... ¡Todo, menos mi crimen y mi tortura! Volveré á ver esa estancia... (Por la alcoba.) Volveré á llamar á Mercedes. . ¡mi Mercedes! (Con amargura, escondiendo la cabeza entre las manos. Ruidos y voces dentro.)

ESCENA ULTIMA

ANGELA, EL CORONEL, después EL JUEZ y DOS AGENTES

- ANG. (Dentro.) Pasaré... ¡Quiero pasar!
COR. (Transición brusca, como volviendo á la realidad.) Esa VOZ...
ANG. (Vestida de negro, entra por el foro precipitadamente.) Soy yo... Coronel.
COR. (Retrocediendo, con un movimiento de repulsión.) ¡Tú!... ¿Aquí?...
ANG. (Casi suplicante.) Como la sombra sigue al cuerpo, donde usted esté. . allí estaré yo también.
COR. (Huyendo su contacto, con tono sombrío.) ¿A qué has venido?
ANG. (Como antes.) A darle gracias con toda la efusión de mi alma... La muerte de Rafael y

mi redención, obra suya fueron. Gracias, gracias, coronel. Y ahora ..

COR. ¿Qué? (Con tono áspero, como despidiéndola.)

ANG. Concluirá usted su obra. ¿Verdad que la concluirá?

(COR. ¿Qué quieres decir?

ANG. (Casi arrastrándose á sus pies.) Uno de los infames ha muerto. El otro vive aún... ¡soy yo! Y vengo á recibir el castigo de mi infamia. El cayó... Caeré yo también al peso de su justa indignación... (Pausa breve.) No... ¡si no tiemblo!

COR. Vete. (Con imperio.)

ANG. ¡Que me vaya! ¿Sin que esté cumplida su obra de venganza?

COR. Mi obra ha concluido ya. (Con acento lúgubre.) Tú... por allí. (Señalándole al foro.)

ANG. (Con desesperación.) ¿Arrojada?... ¡Oh!

COR. Y yo... allí... (Señalando la alcoba.) Es mi sitio, es mi lugar de expiación.. ¡Ahí, donde tú no puedes entrar! (Con voz terrible)

ANG. No entraré, no...

COR. (Interrumpiéndola bruscamente y como abismado en su idea.) Ahí... donde tantas veces sus brazos se enlazaron á mi cuello... Ahí, donde la dicha bajó á mí por primera vez... Ahí, donde quiero vivir ¡solo, siempre solo! pensando en ella, sintiéndola á mi lado, adorando su recuerdo, sin verla, como se adora á Dios sin verlo tampoco. Ese es mi puesto... El tuyo... (Señalándole de nuevo la puerta.)

ANG. (Alzando las manos á él.) ¡Oh, por Dios!... Tanto desdén. .

COR. (Despreciativamente.) Si no es desdén... ¡ni eso!

ANG. (Arrodillada á los pies de don Julián.) Coronel... recuerde usted aquella noche... Fué usted grande, justiciero, sombrío y cruel tal vez, pero fué usted un hombre digno. ¡Una mujer culpable y un hombre honrado! Hoy están también el hombre honrado y la mujer culpable mil veces. . ¿qué falta?

COR. (Como evocando el recuerdo de su esposa.) ¡Mercedes! ¡Mercedes! (A Angela.) ¿No sabes que necesito que me perdone? ¿Crees que no hay

en mis manos bastante sangre todavía? (Con horror.)

ANG. (Desesperada y exaltándose por grados.) ¡Qué he de hacer, Dios mío, para merecer su castigo! ¿Más ultrajes? ¡Qué más ultraje!... Yo, yo misma, la delatora, la cómplice, la infame, vengo aquí, al lugar santificado por su primer beso de amor, por su primera caricia; yo vengo á decir, como ella dijo en otros días: «Te amo, te amo y necesito tu amor... tu amor para vivir ó la muerte para descansar...» ¿Verdad que es horrible, que es repugnante, que es infame?... Y, sin embargo, ¡es verdad, es verdad!... A ver si diciéndolo muy alto, pongo en su cara el rubor y el arma en su mano... ¡Qué ventura, morir á sus plantas, así... mirándome en sus ojos al cerrarse ya los míos para siempre!

COR. (Desprendiéndose de ella y yendo hacia la alcoba.) ¡¡Adiós!!

ANG. (Retorciéndose en su desesperación.) No...

COR. (Ya en el umbral.) Aquí me llaman mi amor, mis remordimientos...

ANG. ¡Y aquí el odio y la venganza!

COR. (Con tristeza.) ¿Odio?... De mí mismo lo siento. ¿Venganza?... Se venga uno de los hombres, aplastándolos al paso. De las mujeres... no... no... Mira... ¡si es verdad que me amas, vetel!

ANG. Y ¡adónde... si aquí se queda mi alma! (sollozando.)

COR. Al arroyo, al placer, á reír, á llorar... ¡no lo sé, no me importa... pero vetel! Yo... allí, á esperar la muerte abrazado á su lecho, á morir pronunciando su nombre... ¡Ya ves... yo también quiero morir!

ANG. (Con arranque de sublime impudor.) ¡Moriremos juntos!

COR. No... juntos no... ¡ni en la muerte! (Con horror. Voces dentro.) ¡Chist!... ¡Silencio! (Pausa breve.) Vienen á buscarme.

ANG. ¿A buscarle? (sin comprender.)

COR. He matado á un hombre y la justicia viene á buscar al asesino... ¡á mí!

- ANG. Pero esto es horrible...
- COR. Es... ¡la justicia! No supo encontrar á Rafael, pero sabe buscarme á mí. (Con amarga ironía.)
- ANG. Es preciso buscar un medio... (Con apresuramiento.)
- COR. (Tranquilamente.) ¿De salvarme? No... no hay ninguno. Si hubiera asesinado por la espalda y cobardemente, ¡quién sabe! Pero he matado frente á frente... y no... no hay remedio...
- ANG. (Agitadísima, señalando la alcoba.) Ahí dentro... yo quedo aquí, (Colocándose ante la puerta,) ¡que vengan! ¡Los desafío!... (En un arrebató de pasión.)
- COR. No... tú vete... vete... ¡te perdono! (Entra en la alcoba cerrándola detrás de sí. Angela queda protegiendo la entrada con su cuerpo.)
- ANG. ¿Su perdón? No... no... ¡su cariño! ¡su cariño!... Yo besaré el polvo de sus huellas, yo salvaré su vida á costa de la mía. (Se oye dentro una detonación. Angela lanza un grito horrible, queriendo abrir la puerta, en vano. Al mismo tiempo se presentan en el foro el Juez y los dos Agentes.)
- JUEZ (Desde la puerta del foro.) ¿El coronel Eguía?...
- ANG. ¡Ah, no!... No lo busquéis... (Con evidentes señales de extrávitó.) ¿Habéis oído? Ahí dentro fué... ¡Coronell... ¡Coronell... No... ¡no paséis adelante! ¿Buscáis un criminal, un asesino?... Pues bien... yo... ¡yo he matado su dicha! ¡yo maté á su esposa! ¡yo maté á Rafael!... ¡¡y á él mismo!! ¡á él, que era mi amor, que era mi vida! ¿Buscáis al asesino? ¡Pues llevadme!... (Cae desvanecida y llorosa ante la puerta de la alcoba. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA

NOTAS

La impresión de este drama ha sido costeadada, con una generosidad que nunca agradeceré bastante, por el incansable protector de las letras gallegas ilustrísimo señor doctor D. José María Riguera Montero, Asesor de la Legación y Consulado general de España en Montevideo, con residencia accidental en la Coruña, á quien rindo desde aquí el público testimonio de mi gratitud y admiración.

No cumpliría un deber de justicia no haciendo aquí público testimonio de gratitud á los actores que han interpretado este drama en la noche de su estreno, logrando con su talento artístico un éxito que estaba muy lejos de cuanto mi amor propio podía ambicionar.

Gracias, pues, al notable primer actor y director don Federico Carrascosa por el acierto y la inteligencia con que dirigió la obra y dió realce y vida al difícil personaje que le estaba encomendado. Gracias á la Sra. Díez, artista de corazón y de abolengo, que hizo del personaje de *Angela* una creación maravillosa. Gracias al señor Fernández, que, apasionado y vehemente, fué, con su gran talento, no pequeña parte al éxito obtenido. Y gracias, por último, á las Sras. Catalán y Troncoso á los Sres. Oliva, Santés y á los demás artistas que han tomado parte en la interpretación de este drama por el buen deseo manifestado y que no olvidará nunca

El Autor

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

Robo sin fractura.

Las alas rotas.

Sísifo.

El regreso.

De la corte al cortijo (1)

El corazón y la ley.

(1) En colaboración con Gonzalo Cantó, música del maestro Santonja.



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.^a* calle de las Infantas, 13, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.25
no.1-21

